



Aparato chino para elevar el agua. (Pág. 159).

Dió muestras de heroica abnegacion en una epidemia de cólera que asoló á San Antonio en 1866. Durante cinco semanas no tomó descanso alguno, y sus cuatro compañeros dieron los mismos ejemplos. Mientras que los ministros protestantes huían del contagio, los misioneros visitaban á los coléricos, los consolaban, y despues de muertos los sepultaban con sus propias manos. Su conducta llenó de admiracion á todos los habitantes de San Antonio, tanto católicos como protestantes.

Hacia muchos años que el Rdo. Sarry veía con dolor la pequeñez de su iglesia, incapaz de contener la cuarta parte de sus ovejas. Deseaba reconstruirla grande y más hermosa para honra del Catolicismo en San Antonio. La situacion de la antigua iglesia, dando cara á las dos plazas de la ciudad, era magnífica, é importaba conservarla. Faltaban los recursos, mas el celo y la perseverancia del Pastor triunfaron de todas las dificultades. A un llamamiento del Rdo. Sarry se abrieron todas las bolsas.

En 1869 echó los fundamentos de la nueva iglesia, y durante cuatro años no cesó de proseguir con ardor

su grande empresa. A ejemplo de su intrépido Obispo, que todo lo habia creado en San Antonio, iglesia de Santa María, convento, colegio, y ayudado por él, se hizo contratista, albañil y peon, consiguiendo al fin construir un verdadero monumento, destinado á ser en breve la catedral de un nuevo obispado.

Levantando este templo á la gloria de Dios, el reverendo Sarry contrajo la dolencia que le llevó al sepulcro. En 1873 fué al país natal para restablecer su salud, pero era harto tarde. Quince años de apostolado habian agotado las fuerzas de su robusta constitucion.

El Rdo. Sarry vió acercarse la muerte con calma é intrepidez. Al abandonar su patria todo lo sacrificó para la gloria de Dios y la salvacion de las almas, y aún tuvo que hacer el sacrificio de morir lejos de su querida Mision y de su iglesia de San Fernando, causa inocente de su muerte. Mas Dios proporciona la grandeza de la recompensa á la grandeza de los sacrificios.



MONGOLIA.

Carta del P. Luis Roofthoof, de las Misiones extranjeras de Scheut-lez-Bruxelles.

ESTOY instalado ya en el país de los Ortús, en la cristiandad de Porro-Palassan: aprovecho la partida de un correo para enviaros la relación de mi viaje desde Sy-wan-tse hasta la residencia que me señalaron los superiores.

Llegado hacia tres meses al seminario de Sy-wan-tse, esforzábame todo el día por hacer entrar en mi cerebro tanto chino como fuese posible, cuando á lo mejor el venerable vicario apostólico, Ilmo. Bax, nos declaró al Rdo. Lievens y á mí que conocíamos bastante el idioma para emprender nuestro vuelo. Mi compañero estaba destinado á ir á prestar mano fuerte al Rdo. Alfonso De Vos, al Norte del país de los Ortús, mientras yo iría á secundar á los misioneros establecidos al Sudoeste de esta comarca, lo que me llenó de alegría.

Teníamos tres días para hacer nuestros preparativos de viaje. Su Ilma., que se proponía inaugurar su visita pastoral en el Si-kean-wé, debía acompañarnos hasta Kui-kwa-tscheung, conduciéndome hasta mi destino el Rdo. Van Aertselaer.

El 31 de agosto despues del desayuno todo el personal del seminario se reunió en la capilla de los discípulos, donde el Ilmo. Bax recitó el *Itinerarium* para implorar la bendición del cielo sobre nuestro viaje. Luego nos despedimos de nuestros compañeros, montamos á caballo, y partimos á la buena de Dios.

El establecimiento de la Santa Infancia, el pueblo entero, hombres, mujeres y niños nos saludaban al paso, deseándonos felicísimo viaje.

Nuestra caravana ofrecía regular aspecto. A la vanguardia iban dos carros con los bagajes destinados al país de los Ortús.

Tienen un tiro de cuatro caballos, pues será preciso escalar montañas. Sigue una escolta de jinetes en traje de ceremonia, que nos acompañará hasta el próximo pueblo pagano; luego vienen los sacerdotes y por último S. I. en carro episcopal arrastrado por dos vigorosos mulos. Cierra la marcha un segundo grupo de jinetes.

A una legua de Sy-wan-tse la escolta hace alto en un pueblo pagano. Todos los jinetes descabalgaron, y se despidieron solemnemente del Obispo y de los sacerdotes.

Quisieron cumplir esta ceremonia dentro de la población á fin de mostrar á los paganos cuánto respetan á los enviados del Señor del cielo.

Apenas hemos andado cinco leguas cuando se rompe el eje de uno de los vehículos. Primer accidente, que no será probablemente el último. Abandonamos el carro á la custodia de algunos cristianos y nos adelantamos hasta Ko-tjia-innse, donde somos recibidos á la noche con salvas de artillería. La mitad de los habitantes de este pueblo son cristianos, y en él reside el Rdo. Pedro Tchao, sacerdote chino.

1.º de setiembre.—Durante la noche los cristianos de Ko-tjia-innse han trasbordado á otro carro los bagajes del vehículo roto. Despues de celebrar la santa Misa en la iglesia del pueblo, proseguimos nuestro camino hasta Tchang-tjia-keu, plaza importante, adosada á la Gran Muralla. Esta ciudad, que se encuentra bajo la jurisdicción espiritual del Ilmo. Delaplace, obispo de Pekin,

es casi enteramente pagana. El movimiento y ruido en aquellas calles es para marear la cabeza más fuerte. En otro tiempo la atravesaba un camino empedrado con grandes losas, que ha desaparecido completamente bajo una espesa capa de lodo é inmundicias. Apenas habíamos encontrado albergue, cuando una lluvia torrencial en menos de 30 minutos trocó las calles en un rápido torrente de un metro de profundidad. El año último unos quinientos soldados fueron sepultados bajo los restos del cuartel arrastrado por la corriente destructora. A lo que parece, anualmente están expuestos aquí á este diluvio en miniatura. Semejante inconveniente no impide que Tchang-tjia-kheu sea una ciudad muy comercial: todos los transportes del Sud de la China al Norte y hacia la Rusia vienen convoyados á este inmenso depósito por interminables caravanas.

El 2 de setiembre partimos por la mañana temprano, y á la noche nos detuvimos en una miserable venta, en donde por primera vez en mi vida ví fumadores de opio. Cuatro esqueletos vivientes estaban tendidos en el *khang* con la pipa en la boca, y la lámpara y la caja de opio al alcance de la mano. En breve caen como aniquilados, en un estado de postración completa: el horrible narcótico produce su efecto... ¡Pasión brutal! El que se deja arrastrar por este funesto hábito se precipita á próxima é inevitable ruina; sus fuerzas físicas y su energía moral desaparecen visiblemente. A los tres ó cuatro años su tez se vuelve cadavérica, su mirada lánguida como el de un agonizante, y apenas si puede emitir sonidos articulados.

Fácil es comprender si sería delicioso nuestro descanso con semejante compañía. Añádase á eso que el acre y nauseabundo olor del opio pareció enfurecer á una miríada de insectos chupones que no nos dejaron un momento de reposo.

3 de setiembre.—A la madrugada huimos de este execrable nido, y á medio día llegamos á Si-ma-lín, donde nos desayunamos con media docena de pichones que cacé cerca de los muros de la ciudad. Por la noche nos detuvimos en el pueblo de Wao-tao-kheu, en una posada bastante regular, si es que en China existen hospederías dignas de este nombre. Casi se está siempre seguro de hallar en todas partes mijo cocido al agua, sazonado con una taza de té: si á más hay posibilidad de procurarse un puñado de harina de trigo ó de avena convertido en fideos, puede decirse que se ha asistido á un banquete.

Cuando se desembarca directamente de Europa cuesta mucho acostumbrarse á esta miserable cocina: los primeros días se toma paciencia; pero llega momento en que ante esta insípida uniformidad, el estómago se rebela. Mas al fin hay que hacer de necesidad virtud, y despues de todo nadie muere á causa de este régimen; esto es lo esencial.

4 de setiembre.—A pesar de que los carros tienen un tiro de cuatro caballos adelantamos con suma lentitud: apenas hemos alcanzado la cumbre de una montaña, tenemos que subir otra, y en muchos sitios nos vemos obligados á arrimar todos el hombro para impulsar los vehículos. Dos veces volcó uno de éstos, y estuve á punto de quedar aplastado, pero á Dios gracias salí sólo con el susto.

Fácil es adivinar cuán ardientemente, al fin de esta jornada, suspirábamos por una yacija. La choza más miserable nos hubiera parecido lugar de delicias; mas

¡ay! para colmo de desventura nos hemos desviado del buen camino, y en ninguna parte advertimos señales de habitación. Sin embargo, no podíamos pasar la noche á la intemperie, pues se resentiría mucho la salud de nuestro venerable Obispo. ¡Adelante, pues! Momentos despues oímos á lo lejos el ladrido de un perro. ¡Qué dicha! La voz más melodiosa no nos hubiera sido tan grata.

En breve llegámos á la cabaña de un pagano que consintió en recibirnos bajo su techo; pero el espacio era tan limitado que sólo pudo albergarse el Obispo; el resto de la caravana se acomodó en los carros sobre algunos haces de paja, y olvidó luego en un sueño reparador las rudas fatigas de esta etapa.

Domingo, 5 de setiembre.—Al alba estábamos en camino. Nuestro huésped nos había dicho que en pocas horas podríamos llegar á nuestra residencia de Si-inn-dze.

A las diez entramos todos en el pueblo, donde uno de nuestros sacerdotes chinos (hermano del que está de residencia en Ko-tjia-inn-dze) se halla á la cabeza de numerosa tropa de cristianos, precedidos de la Sociedad de armonía, para recibir al Prelado y conducirlo á la iglesia.

Si-inn-dze es una de las principales residencias de la Mongolia, y cuenta una vasta y hermosa iglesia de tres naves de estilo romano. Es una verdadera joya: la fachada sobre todo excita la admiración de chinos y mongoles, que no tienen ninguna idea de la arquitectura europea.

Esta cristiandad posee hoy un huerfanato administrado por cuatro Hermanas chinas. Algunas caritativas cristianas están encargadas de recoger entre los paganos á los niños de que quieren deshacerse. Al cabo de algunos semanas de permanencia, esos infelices desheredados, que llegaron pálidos, descarnados y cubiertos con miserables girones, no parecen los mismos. Convenientemente vestidos, bien cuidados y nutridos, se rehacen rápidamente, y aunque niños aprecian perfectamente la enorme diferencia que hay entre los padres adoptivos y el padre y la madre que los han abandonado.

Reina en este establecimiento un orden admirable: al primer sonido de campana todos los juegos cesan, y estas interesantes criaturas recitan simultáneamente el catecismo ó cantan las oraciones bajo la dirección de una Hermana ó de una de las huérfanas mayores. Digo que cantan, pues los chinos y mongoles no rezan, sino que cantan las oraciones tanto en familia como en la iglesia.

Las huérfanas de más edad ayudan á las Hermanas, y luego son excelentes amas de casa: además de los cuidados que se han de prodigar á las pequeñitas, les hacen los vestidos y les enseñan los primeros elementos de la instrucción y de la educación. Así es que cuando se visita un pueblo cristiano, á primera vista se distingue á las mujeres que han tenido la dicha de ser educadas en un huerfanato, pues son mucho más corteses, aseadas, modestas y piadosas que las que recibieron su educación en el seno de la familia.

En la fiesta de la Natividad de la santísima Virgen nuestro Obispo bautizó solemnemente á siete mujeres adultas, y el día siguiente partimos de Si-inn-dze en dirección á Eul-sche-sin-hao.

A dos leguas de camino hicimos un pequeño rodeo á fin de pasar por Yao-sche-ikheau, reciente cristiandad confiada á los cuidados del sacerdote chino Yao. Gra-

cias á su ilustrado celo, la humilde iglesia del pueblo está adornada con perfecto gusto; todo revela aseo y decencia. Digamos en elogio del digno pastor que todo, en su manera de obrar, denota más bien al europeo que al chino, y hasta habla el francés, no desaprovechando ocasión alguna para perfeccionarse en esta lengua. Sin duda le acontece á veces pecar contra la gramática; pero sabe Dios de qué horrible manera destrozamos nosotros el chino.

Despues de un breve alto nos despedimos de los cristianos, escoltándonos muchos de ellos más de una legua, y al anochecer llegámos á Eul-sche-sin-hao, donde permanecemos tres días, aguardando cartas de Europa. Por la mañana salíamos para cazar las becasas. En aquellos parajes abundan también las liebres, y según parece hasta los lobos.

Este pueblo está situado en medio de una vasta llanura, magnífica especialmente en estío, cuando pacen por ella innumerables rebaños. Buena parte de la comarca está cubierta de árboles, cosa muy rara en Mongolia. La Misión debe este beneficio á la prevision del Rdo. Verlinden, anciano cura de esta cristiandad, quien, á pesar de sus múltiples ocupaciones, encontraba, como san Jerónimo, tiempo para plantar árboles.

La iglesia parroquial es bastante regular, pero lo que merece todo elogio es el huerfanato, que cuenta 12 Hermanas y de 130 á 140 niños. Este establecimiento, como todos los del mismo género, es muy estimado por los paganos, que encuentran en ellos un medio fácil y económico de desembarazarse sin crueldad de las jóvenes que no quieren tomarse el trabajo de educar.

Preciso es confesar, sin embargo, que se encuentra á veces fanáticos que prefieren asesinar á sus hijos antes que entregárnoslos. Horroriza la conducta de una desnaturalizada madre pagana que pocos días antes de nuestro arribo estranguló á su octava hija. Más cruel que los tigres, no cesa de vomitar contra el huerfanato las más horribles maldiciones. ¡Dígnese el Señor en su misericordia inspirarle mejores sentimientos!

El 13 de setiembre partimos de Eul-sche-sin-hao en dirección del distrito de Te-ghai. Aquella noche nos albergámos en un pueblo en el que según todas las apariencias nunca se vió un europeo. En menos de cinco minutos centenares de chinos invadieron el patio de nuestra posada; veinte, treinta curiosos á la vez tomaban por asalto el aposento en que descansábamos sobre el *khang*, nos examinaban de piés á cabeza como animales raros, y cuando estaban satisfechos, otro grupo ocupaba inmediatamente su lugar.

Este espectáculo terminó de una manera bastante cómica: nuestro posadero, sin decir esta boca es mía, cayó de repente sobre la multitud, armado de un formidable bambú, y descargando golpes á diestro y siniestro. Ante argumentos de semejante naturaleza los curiosos tomaron las de Villadiego en un abrir y cerrar de ojos.

El 14 de setiembre partimos á las cuatro de la mañana á fin de llegar antes de la noche á la orilla de Tengchen. Hacia un frío intenso, y más de uno de nosotros bajó del caballo para calentarse andando. Súbitamente al salir de un desfiladero nos encontramos con uno de los numerosos bandidos que en estos pasos montañosos aguardan á los viajeros para desbalarlos. Tal encuentro era muy poco agradable, sobre todo cuando uno se encuentra en camino con sumas respetables, como nos sucedía entonces, pues S. I. traía en los bagajes los sub-

sidios anuales para gran número de residencias. Gracias á Dios salimos muy bien librados, pues se cogió al bandido y se le condujo á la villa, donde segun toda apariencia recibirá la recompensa de sus altos méritos.

El 16 de setiembre abandonamos la posada, y á las pocas horas llegamos al lago Te-ghai (Mar Grande), donde nos detenemos para comer : era medio día.

Al crepúsculo vespertino entramos en Ku-ku-un, residencia de uno de nuestros misioneros, el Rdo. Kybmans.

El domingo 19 de setiembre el Ilmo. Bax confirió el sacramento de Confirmacion á 21 niños y á algunos adultos.

El día siguiente hicimos una excursion á Ta-tjio-pin. Durante tres horas tuvimos que encaramarnos á lo largo de angostos senderos y junto á espantosos precipicios. En ciertos sitios el camino no tiene dos piés de ancho y domina abismos de treinta metros de profundidad.

En invierno los frios son aquí intentísimos, pues el pueblo está situado en la cumbre de una montaña. En estío, por el contrario, mientras que en la llanura todo lo abrasa un sol de fuego, aquí todo está cubierto de una vegetacion fresca y exuberante. Nada tiene esto de extraño, pues apenas pueden darse veinte pasos sin encontrar una fuente.

Excepto dos ó tres familias toda la poblacion es cristiana. Un hecho terrible aconteció en ella poco antes de nuestra llegada. Una madre pagana sepultó viva con sus propias manos á una hija á quien acababa de dar á luz. Un jóven pagano que la ayudó en tamaño crimen, acosado por los remordimientos, acudió luego á participarlo al sacerdote, suplicándole con lágrimas que hiciese reinar de nuevo la paz en su alma. El misionero explicó las verdades de nuestra santa religion, y le hizo aprender las principales oraciones. En pocos días el jóven progresó tanto en la doctrina cristiana, que el demonio, envidioso de ver que se le escapaba esta presa, se le apareció cada noche, maltratándole de la manera más cruel y amenazándole con espantosos castigos si se hacia cristiano. Temiendo que el infeliz cediese á las infernales sugestiones se le bautizó luego, y desde entonces se ve libre de toda obsesion, y continúa estudiando el catecismo con vivo ardor. Respecto á la madre de la niña asesinada, su corazon se ha endurecido más y más.

¡Impenetrables decretos de la Providencia que deben llenarnos de saludable temor! La conversion de las almas no es obra de los hombres, sino de Dios: Él es quien separa el trigo de la paja: supliquémosle, pues, con toda humildad que nos dé las fuerzas necesarias para corresponder fieles á su gracia.

El 21 de setiembre se administró el sacramento de Confirmacion á los niños y á cierto número de adultos de Ta-tjio-pin. Despues de la ceremonia se distribuyeron cruces, medallas y rosarios á los fieles.

En Europa muchos cristianos se avergüenzan de ir á la iglesia con un libro de oraciones en la mano: aquí los fieles cuelgan el rosario al cuello, y están contentísimos cuando pueden ostentar en el pecho una cruz, una medalla ú otro emblema religioso. El respeto humano es desconocido entre estos chinos y mongoles. Un cristiano nunca se permite fumar ni sentarse en presencia de un misionero, y siempre le habla en tercera persona: si tiene que pedirle alguna gracia lo hace de rodillas;

si encuentra al sacerdote por la calle, baja del carro ó caballo, y espera que el Padre haya pasado para subir de nuevo.

Salimos de Ta-tjio-pin acompañados por los cristianos del pueblo. Al pié del monte nos aguardaba una gran sorpresa: habia una escolta de jinetes en traje de gala. Era una diputacion de la cristiandad de Shanghus-ti, distante dos leguas y media. Habiendo sabido esas buenas gentes nuestra presencia en su país, venian á pedir humildemente al Obispo que les honrase con una visita. Este pueblo, que sólo hace dos años que existe, cuenta ya próximamente 150 cristianos. Los terrenos son allí muy fértiles, y todo promete un venturoso porvenir.

Al anochechar estábamos de regreso en Ku-ku-iin, donde hay tambien un huerfanato de la Santa Infancia.

El 28 de setiembre partimos para Kui-Kwa-Tscheung, que sólo dista dos jornadas. Á cada momento encontrábamos inmensas caravanas de camellos procedentes del reino de los Alichans (al Oeste del país de los Ortús), transportando hácia el Oriente cargamentos de sal, y numerosos mercaderes de Chan-Si, que al acercarse el invierno habian venido á aprovisionarse en Mongolia de numerosos rebaños de carneros.

Antes de llegar á la llanura en la cual está situada la ciudad Azul (Kui-Kwa-Tscheung), tuvimos que escalar durante algunas horas escarpadísimas montañas. ¡Felizmente el camino es bastante ancho para que puedan correr por él los vehículos; pero ¡gran Dios! ¡qué terribles precipicios á nuestros piés! Sobre nuestras cabezas teníamos casi á plomo enormes peñascos suspendidos no sé cómo, y que á cada momento amenazaban aplastarnos bajo su masa formidable. No quisiera encontrarme en semejante sitio durante una tempestad: no hay más que dirigir la mirada á los abismos para formase una idea de los efectos que producen aquí los huracanes. Trozos de peñascos grandes como casas, arrancados á la cumbre de las montañas, se han precipitado al fondo del valle. Sobre una de estas masas se tuvo la singular ocurrencia de edificar una pagoda.

El espectáculo de la salida y puesta del sol en los mares de los trópicos; el de los millones de estrellas brillando en el firmamento y mirándose en una hermosa noche de estío en las ondas fosforescentes del Océano; el del mar alborotado lanzando al cielo sus espumosas olas, todo eso es muy capaz de conmover al hombre más insensible; pero encontrarse en medio de montes desiertos donde la naturaleza parece trastornada y en que reina un perpetuo silencio, sólo interrumpido de vez en cuando por los lúgubres graznidos de alguna ave de rapiña; donde arriba sólo se ven enormes peñas que amenazan aplastar al viajero, y abajo profundas simas prontas á devorarle, no es menos grandioso ni menos conmovedor.

Transpuestas las montañas, nos encontramos en la llanura de Kui-Kwa-Tscheung, de cuya ciudad nos separaban diez leguas. Pasamos la noche en una venta situada al pié de la cordillera que acabábamos de atravesar.

A trece leguas Noroeste distinguimos las enhiestas montañas del distrito de Ghu-ba, donde algunos de nuestros compañeros administran varias cristiandades.

A trechos encontramos altos postes que creímos serian jalones para indicar el camino, pero luego advertimos que en la punta de cada uno habia una jaula, y

dentro, ¡horror! ¡una cabeza humana! ¡Son las cabezas de los bandidos expuestas á lo largo del camino para servir de punto de meditacion á sus camaradas!

El día siguiente tuvimos el gozo de abrazar á nuestros compañeros. A más de S. I. y de los otros tres viajeros, se reunieron allí el Rdo. Otto, el animoso procurador de Kui-Kwa-Tscheung, los Rdos. A. de Vos y Bermyn, llegados del Norte del país de los Ortús con objeto de conducir á su Mision al Rdo. Lievens, y los Rdos. Van Koot y Wilryx, venidos de Ghu-ba al encuentro de S. I.

Permanecimos ocho días en la ciudad Azul. El Prelado aprovechó la presencia de tantos compañeros para tomar diferentes medidas convenientes á la administracion de su inmenso vicariato. Entre otras cosas, se resolvió crear en Kui-Kwa-Tscheung un colegio para la formacion de catequistas. El Rdo. Van Aertselaer, que tenia dadas pruebas de su inteligencia en el seminario de Sy-Wan-Tse, recibió el encargo de organizar esta delicada empresa, y de consiguiente se dispuso que regresase despues de haberme conducido á la residencia de Polo-Palassan.

El 8 de octubre nos despedimos, acompañados de dos mongoles: Monghenason, cristiano, para cuidar de los tres camellos; y Peure, catecúmeno, encargado de la cocina. El primer día pernoctamos en una posada china, y mientras conversábamos en flamenco sentados en el *Khang*, nuestro huésped nos miraba con asombro, prestando atento oído para comprender una palabra de nuestra conversacion. Preguntó á nuestros dos mongoles si comprendian nuestro idioma, y respondiéndole afirmativamente (en efecto nos comprendian cuando les hablabamos en chino ó mongol), los consideró como fénix.

Toda la velada tuvimos visitantes. No quedaron poco maravillados viendo que, para sonarnos, nos servíamos de un pañuelo, y su sorpresa llegó á su colmo al observar que éste desaparecia en uno de nuestros bolsillos. ¡Bolsillos en un vestido! ¿Quién nunca vió tal en la China? ¿No basta el cinturon para suspender en él las llaves, la pipa, la petaca y los sapeques?

Pasamos la noche en el *Khang*, y nuestros mongoles se acostaron en el exterior, al lado de los camellos. Esto es para ellos cuestion de costumbre.

A las cuatro de la mañana estábamos en camino. Yendo de viaje no se desayuna muy temprano, lo que no seria bueno para la salud, aunque sí lo es para la bolsa. Al medio día habíamos andado seis leguas, y esperábamos llegar en breve á una posada en donde nos proponíamos pasar la noche; pero nos lo impidió una fuerte y persistente lluvia, obligándonos á buscar refugio en la cabaña de un pobre pagano, que sólo tenia disponibles dos aposentos, uno de ellos sin puertas ni ventanas. Naturalmente preferimos el otro, pero el propietario juró por todos sus dioses que no lo ocuparíamos, por el motivo... ¡de que tenia en él su ataúd! Por fortuna abonanzó el tiempo, y mientras los mongoles se acostaban entre los bagajes, nosotros tendimos en el suelo la piel de cabra que nos servia de colchon y conciliámos el sueño.

El 10 de octubre á las diez de la mañana estábamos ya en camino para Ho-kheu, pequeña ciudad de 2,000 almas, compuesta de mahometanos y paganos. Aunque sin causarnos daño, no dejaron de perseguirnos con dicterios é infinidad de maldiciones, que fingimos no comprender.

A más de una legua de allí teníamos que atravesar el rio Amarillo (Hoang-ho), operacion bastante peligrosa cuando sólo se dispone de una miserable barca para trasbordar caballos y sobre todo camellos. Pero ¡valor! que en la otra parte del rio podremos vivir bajo tienda, encontraremos agua en abundancia, hierba y leña, tres artículos indispensables cuando se viaja por el país de los Ortús.

Acababa de ponerse el sol cuando nuestra reducida caravana llegó á la orilla del rio. Para ir al embarcadero hay que seguirse un camino encajonado entre la corriente del agua y una montaña. Comunmente este camino es bastante ancho para dar paso á una carreta; pero á causa de la crecida de las aguas, tenia á la sazón tres piés de anchura, y fué preciso andar con grandes precauciones.

A la mitad del camino nos fué imposible ir adelante un paso más y coríamos riesgo de ahogarnos en el rio. ¿Que hacer? ¿Retroceder acaso? Esto es fácil de proponer, pero difícil de ejecutar. ¿Cómo, en efecto, hacer que pesados camellos den media vuelta á la derecha, en un espacio de menos de tres piés de ancho? Con todo, no hay más remedio que probarlo. El camellero desata la cuerda que sujeta la nariz del último camello á la cola del segundo, y lentamente se logra hacerle dar la vuelta.

Le llega su turno al segundo. El pesado animal pone uno de sus piés en falso, y cae en el rio con armas y bagajes. La corriente era muy violenta. No calculando el peligro, me arrojé instantáneamente para salvar nuestro tesoro, pero por disposicion providencial el Rdo. Van Aertselaer, pronto como el rayo, me contuvo á tiempo: sin su intervencion estaba ya perdido.

Entre tanto el bravo camellero Monghenason, confiando en su elevada estatura, santiguóse y se lanzó resueltamente al agua, consiguiendo encaramarse en la corcova del animal; mas éste, no comprendiendo su intencion, empezó á saltar de tal suerte que en un instante todas nuestras cajas se encontraron en el fondo del rio. Desembarazado de la carga, se salvó sin gran trabajo, y con él nuestro mongol.

Entonces consideré perdidos mis hábitos, mi lencería, mi pasaporte chino y nuestra tienda, y lo que era más sensible los hermosos ornamentos de iglesia que con tanta generosidad me ofrecieron las damas de la Asociacion de las iglesias pobres de mi ciudad natal: asimismo quedaban perdidos los subsidios que el ilustrísimo Bax nos confió para las residencias de Polo-Palassan, Nyng-tyao-leang y Siao-tjao, que se elevaba á un valor de 9,000 pesetas próximamente.

Quedamos estupefactos, abatidos. Esta pérdida era un verdadero desastre para la Mision naciente de los Ortús.

Temiendo que en nuestra ausencia alguien se apoderase del tesoro, me senté á orillas del rio en compañía del camellero, mientras que mi compañero y Peure iban en busca de un albergue. Recibieron hospitalidad en la pobre cabaña de un chino en la opuesta vertiente de la montaña.

Peure volvió luego con vestidos y abrigos para su camarada, y resolvimos que los dos pasaran la noche en el lugar del accidente: yo fuí á reunirme con el reverendo Aertselaer.

Permanecimos allí cuatro días entre el temor y la esperanza, y multiplicando inútilmente nuestras tentati-

vas; por último, fué preciso tomar un partido. Decidióse que Monghenason iría á Ho-kheu para comprar una tienda y algunos otros objetos de primera necesidad, y que el día siguiente pasaríamos el río en compañía de Peure, dejando el camellero para custodiar el tesoro. Nos proponíamos excogitar los medios oportunos así que estuviésemos en nuestra residencia de Adjirma.

Mas el hombre propone y Dios dispone. Esperábamos que Monghenason estaría de vuelta el mismo día, y no lo vimos hasta el siguiente. Sin embargo, era preciso ponerse en camino sin más tardanza, pues nos dijo Peure que los pescadores y el pagano cuya cabaña ocupábamos querían presentarnos una cuenta formidable. ¡No nos faltaba más que eso!

Un joven lama, aseadamente vestido de rojo y amarillo, vino á vernos aquella misma tarde. Su aparición contrarió mucho á cuantos nos rodeaban.

El lama nos manifestó que habiendo tenido conocimiento de la llegada de los Shen-fus (padres espirituales), apresuróse á salir del convento para venir á saludarlos. Le agradecemos cordialmente su atención, y le invitamos á tomar una taza de té.

Después de examinar atentamente nuestros tenedores y cucharas, pipas y revólvers, nos preguntó si conocíamos á *Feurlaindo*. Por sus explicaciones comprendimos luego que se refería al compañero Verlinden. Le dijimos que era compatriota nuestro, uno de nuestros mayores amigos y misionero como nosotros.

—Sabad ahora, dijo, cuál es el objeto real de mi visita. En la lamasería que habito me he ocupado especialmente del estudio de las lenguas. Además del mongol, que es mi idioma materno, hablo el chino, el mandchuo y el tibetano. Se me nombró superior de la lamasería, que sólo es una guarida de desórdenes, de disensiones y corrupción. Por mi parte he sido siempre fiel al precepto de la continencia; pero estoy disgustado de la vida de lama: nuestra religión no vale nada, y á lo que entiendo por lo que oí á *Feurlaindo*, la vuestra es mucho mejor. Quiero salvar mi alma. Como superior y tesorero de la lamasería tengo que ir en breve á Kui-kwa-tscheung á rendir cuentas de nuestros gastos é ingresos: cumplido este deber, quiero hacerme cristiano. Tal es, Shen-fus, el motivo de mi llegada.

¿Era sincero este lama? lo ignoramos. Con todo, si como pretende se ha conservado puro en medio de una sociedad corrompida hasta la medula de los huesos, el Dios de misericordia le tendrá en cuenta esta gran virtud y le concederá sin duda el inefable tesoro de la conversión.

Ciertamente no tendría un objeto de especulación su ingreso en el Cristianismo, pues á más de su dignidad de superior de una lamasería imperial, hemos sabido que es propietario de la mayor parte del territorio en que estamos actualmente. Por lo demás, el exterior de este joven habla completamente en su favor: la expresión de su fisonomía inspira confianza.

El Rdo. Van Aertselaer contestó á nuestro visitante, que por el pronto tenía que ir á Porro-Palassan, pero que al cabo de un mes contaba establecerse en Kui-kwa-tscheung; y que si el lama lo deseaba, pasaría entonces á buscarlo. Esta propuesta fué aceptada con alegría.

Hablámosle luego del apuro en que nos encontrábamos. Levantóse en seguida, y amenazó á sus compatriotas con privarles de sus tierras y sus casas si susci-

taban la menor dificultad á sus amigos de Europa.

Estaba aún hablando cuando Monghenason volvió de la ciudad: arreglamos nuestras cuentas y dispusimos la marcha.

Las vías de la Providencia son admirables: Dios pudo permitir la pérdida de nuestras cajas para dar al lama ocasión de tratar con los misioneros. Si, como esperábamos, Monghenason hubiese vuelto la víspera, el lama no habría logrado el objeto de su viaje. Oremos y confiemos que perseverará en sus buenos sentimientos.

Recomendámos encarecidamente al camellero que vigilara nuestro tesoro, y partimos de aquel lugar donde habíamos experimentado tan vivas angustias. En medio del río mi caballo se encabritó, y faltó poco para que él y jinete tomasen un baño de agua helada.

Hénos ya en el país de los Ortús. Volvimos á cargar nuestros camellos, y después de una etapa de cuatro leguas llegamos á Chu-hai-tse, y nos alojamos en una posada.

Preguntámos á Peure si estaba seguro de encontrar por allí el camino hasta Porro-Palassan.

—¿Por cuál de los pasos? Hasta allí sólo hay arena, arena y más arena.

Esta contestación demostró la habilidad de los mongoles para reconocer los caminos: allí donde nuestra vista no percibe huella alguna, distinguen ellos mil pisadas, y os dirán si han pasado liebres, zorros, lobos ú otros animales. Examinando la huella del pie de un camello, el mongol adivina la edad de la bestia, y si su caballo ha emprendido la fuga, os indicará si fué ayer ó hace ocho días.

Algunos meses atrás se aguardaba en Porro-Palassan al Ilmo. Hamer, quien había fijado el día de su llegada. El Rdo. Van Aertselaer, seguido de muchos cristianos, salió á su encuentro. Declinaba ya el día y nada se advertía en el horizonte. Mientras mi compañero hacía vanos esfuerzos para ver algo, los mongoles descubrieron perfectamente el carro de S. I., discutiendo si era tirado por caballos ó mulos.

El 15 de octubre á las cinco de la mañana salimos de Chu-hai-tse. Hasta entonces habíamos viajado entre los chinos, y á cuatro leguas de aquella localidad encontramos las primeras habitaciones de los mongoles. En esta nación no hay posadas, pero como la ley ordena que se dé buena acogida á los viajeros, se encuentra hospitalidad en todas las familias. En todas partes se os concederá el lugar necesario para extender vuestra estera, y si la habitación es harto reducida para contener familia y viajeros, no os apureis por esto, los individuos de la casa se acomodarán en la de uno ú otro vecino. Bajo el punto de vista de la hospitalidad, los mongoles valen mil veces más que los chinos.

Entrámos en la primera tienda que vimos en nuestro camino; en ella había un venerable anciano rezando devotamente con su enorme rosario tibetano. A nuestra vista interrumpe sus oraciones, y mientras que Peure nos prepara el arroz al rescoldo constantemente encendido en el centro de la tienda, el viejo mongol nos habló de caza y de fusil como si fuera un joven, y nos pidió un poco de pólvora europea, pues á pesar de sus ochenta y tres años sale alguna vez á caza.

Restauradas nuestras fuerzas, continuámos nuestro camino. No hay costumbre de pagar la hospitalidad recibida; así es que recomendámos á nuestro cocinero que nos preparase siempre abundante comida, y al marchar

dejábamos la mitad de ella á los que nos habian recibido.

A las cuatro de la tarde vimos á lo lejos el palacio, ó mejor las tiendas del rey de Dzungar, y á las nueve llegamos á Atjirma, pueblo situado á 200 metros sobre el nivel del valle, en la cumbre de un monte. La Misión tiene allí una pobre residencia á cargo del sacerdote chino Lu.

El 16 de octubre celebré la santa Misa en honor de san Antonio de Padua para que nos hiciese recobrar el tesoro sumergido.

Nuestro primer cuidado fué enviar al rio Amarillo tres cristianos, uno de ellos buzo, para que reemplazasen á Monghenason. Sobre este asunto el sacerdote chino escribió una carta al mandarin de Ho-kheu, y el Rdo. Van Aertselaer, por su parte, despachó un correo al Ilmo. Bax, que administraba la Confirmacion en Ghu-ba. Era todo lo que podíamos hacer por el pronto, y lo demás lo encomendamos á Dios.

¡Qué singular pueblo el de Atjirma! No se ve en él sino la humilde iglesia y la residencia más humilde aún del misionero. Los cristianos se guarecen diseminados en las quebradas y en las cavernas bajo el suelo, donde hace fresco en invierno y calor en estío. El reverendo Janssen, fundador de esta cristiandad, acostumbraba decir:

—No tengo más que golpear con el pié para hacer salir mis cristianos de la tierra.

En esta cristiandad, bajo el punto de vista material sumamente miserable, el misionero experimenta vivísimos consuelos. Las conversiones son allí más frecuentes que en otros lugares, pues por regla general los pobres no tienen que luchar, como los ricos, contra el demonio del oro, y á ellos sobre todo concede Dios el tesoro de su misericordia.

Las conversiones de mandarines ó de sujetos favorecidos por la fortuna son muy raras: nada hay que eleve tanto á Dios el pensamiento del hombre como la estrechez y la desventura. Nunca fueron más numerosas las conversiones en el Norte de la China como en tiempo del hambre. Siempre será verdad que la maldita sed del oro sepulta incalculable número de almas en los eternos abismos.

19 de octubre.—El buen compañero Lu nos da uno de sus cristianos para reemplazar á Monghenason, y partimos, haciendo alto al cabo de siete horas en Yusche-hu. Nada más sencillo que nuestra tienda. Plántanse en el suelo dos palos de un metro y medio de altura, con un anillo de hierro en su punta superior, á través del cual pasa un tercer palo. Sobre este aparejo se extiende una tela de algunos metros cuadrados, cuyas extremidades se fijan en tierra, y hé aquí la habitacion construida.

Extendiendo en el suelo á cada lado de la tienda las pieles que nos sirven de cama, queda en el centro el espacio más preciso para la mesa, que consiste en un monton de arena, cubierto con un paño de manos á guisa de mantel. Nuestra lámpara es un cabo de candela plantada en el suelo.

A pocos pasos de la tienda Peure hace hervir la marmita, y el segundo doméstico descarga á los animales que van á pacer á sus anchas. Nuestra comida se reduce á dos tazas de mijo cocido al agua.

Después de este banquete tomamos nuestras medidas para pasar la noche; las sillas nos sirvieron de almo-

hada, y á pesar de ser muy fría la noche gozamos de un sueño reparador.

El 20 de octubre á las cinco y media continuamos la marcha, y nos detuvimos á medio dia en Wu-lu-ha-toc, donde habia un campamento de mongoles.

Les suplicamos nos procurasen un poco de leche: entonces nos examinaron de piés á cabeza con aire feroz. No sabíamos qué pensar de tan extraña acogida, cuando uno de ellos nos preguntó si éramos *Rosj*.

Esta sencilla palabra nos dió la explicacion del enigma. Corrian á la sazón rumores de guerra entre Rusia y la China, y los pobres diablos se imaginaban que ya tenían el enemigo á sus puertas.

Los tranquilizamos diciéndoles que éramos europeos, pero no rusos, y que el país de estos últimos está á centenares de leguas de nuestra patria.

A esta declaracion uno de los principales personajes nos presentó la caja de tabaco tradicional: es una redomita de porcelana conteniendo un polvo fino aromatizado, que se ofrece con instancia y con muchos cumplimientos, en señal de atencion y bienvenida.

A mi vez quise demostrarles que no me habia criado en los bosques, y les ofrecí un polvo de tabaco belga, y luego los estornudos fueron tan generales que excitaron la risa.

A los dos minutos teníamos leche en abundancia. En el momento en que nos agachábamos para comer el arroz, un viejo mongol exclamó asombrado:

—¿Qué veo?

—Decid, ¿qué hay?

—¿Era, pues, mentira lo que se nos hacia creer durante la guerra contra los franceses é ingleses?

—¿Qué os decian?

—Que de ninguna manera habíamos de temer á los europeos, puesto que una vez caidos les era imposible levantarse á causa de que no sabian doblar la rodilla; y á fe mía que vosotros la doblais tan fácilmente como nosotros.

Ocioso es decir cuánto nos divirtió la declaracion de este buen nombre.

Poco á poco se animó la conversacion: se nos hicieron preguntas acerca nuestra familia, nuestro país y nuestra manera de vivir; cuál era nuestra edad y cuántas mujeres teníamos... Aquí mi compañero tomó pié de la pregunta para exponerles la pureza de la doctrina evangélica; pero temo que sólo se le escuchó á título de curiosidad, pues claramente se leía en sus miradas que la vida animal que llevan les parece preferible á la moral cristiana.

Al anoecer acampamos á dos leguas de la lamasería de Djungar, junto á un riachuelo donde habia hierba y combustible en abundancia.

El 21 de octubre á las ocho de la mañana llegamos frente la puerta de Djungar-tjias, y no pudimos resistir á la tentacion de examinarlo. Hicimos que nos acompañase Peure en calidad de intérprete, pues todos los lamas son mongoles, y entre ellos se encuentra uno de los hijos del rey de Djungar.

Confieso que después de las bellas descripciones que habia leído, esperaba ver algo más interesante, grande y rico. Esta lamasería, á lo que parece, es la mejor del país de los Ortús. En el centro se levanta el templo, y al rededor de éste muchas casitas, separadas unas de otras, sirviendo de celdas á los lamas; quedando todo encerrado en una gran tapia. Estilo y pinturas todo es chino.

Un convento de cincuenta á sesenta lamas con la cabeza afeitada y vestidos de trapos rojos y amarillos; singulares apóstoles que callan cuando debieran hablar y no cesan de cuchichear entre sí cuando lo prohíbe la regla, tal es el espectáculo que ofrece una lamasería. En la que visitámos, contra la costumbre de los mongoles, fuimos recibidos con frialdad.

Cuando los Rdos. de Vos y Verlinden emprendieron su primer viaje al país de los Ortús, en todas partes fueron bien recibidos en las lamaserías, pero en aquella época los sacerdotes paganos ignoraban el intento de los misioneros. Desde entonces las cosas han cambiado mucho. Los lamas saben que nuestro objeto es hacer triunfar la cruz sobre el budismo y elevar en todas partes iglesias cristianas sobre las ruinas de los templos paganos; así es que nos miran con recelo.

A medio día nos detuvimos en una tienda mongola. La propietaria, que más parecía un soldado que una mujer, estaba en pie á la puerta fumando en pipa. Aquí es bastante difícil distinguir un hombre de una mujer. El traje es casi idéntico, y la mujer monta un corcel y galopa por la llanura con tanta desenvoltura como su marido. Nuestra mongola tuvo la amabilidad de ofrecernos leche, y aceptámos. Mientras Peure preparaba el arroz, nos recostámos en la hierba, pues en el interior de la habitación corríamos riesgo de que nos asfixiase el humo. Aproveché el descanso para tomar algunos apuntes. A la vista de mi mamotreto un grupo de curiosos y curiosas me rodeó para ver lo que iba á suceder. Como les dije que quería escribir, oí que decían:

— ¡No tiene tinta ni pincel!

Viendo los caracteres que tracé con el lápiz, que humedecí con la punta de la lengua, una voz exclamó:

— ¡Los europeos tienen la saliva negra!...

El 21 de octubre poco despues del medio día pasámos del territorio de Djungar al de Wang-tse. Todo estaba lleno de arena, que nos llegaba á veces hasta las rodillas, y las bestias andaban con grandísima dificultad.

Para colmo de desventura un fuerte viento del Norte llenaba la atmósfera de un torbellino de polvo.

Despues de subir y bajar Dios sabe cómo no pocos montecillos de arena, llegámos al río Olain-muren (río Rojo), y lo cruzámos fácilmente á vado. Despues de abundante lluvia es preciso en tales casos tener paciencia y aguardar que disminuyan las aguas, pues en Mongolia son desconocidos los puentes.

Hicimos aún dos leguas de camino, y aunque soplab el viento, resolvimos acampar. La cuestion consiste en hallar agua. El camellero y el cocinero partieron en busca de una fuente, y transcurrieron largas horas antes de tener noticia suyas. Por fin oímos una voz lejana que nos llamaba;

nos dirigimos hácia el lugar de donde procedía la señal, y luego vimos á nuestros dos hombres acurrucados á su sabor ante un buen fuego, lo que nos alegró sobremanera, pues hacia un frío intenso. Sirvióse inmediatamente la cena: el arroz, cubierto con una capa de arena, crujía no poco entre los dientes, pero estábamos más ó menos abrigados en la tienda, y con mucha buena voluntad y fuerte dosis de buen humor, encontrámos que nuestra posición no era tan desagradable como eso.



Tche-kiang (China).—Iglesia de Nuestra Señora de los Dolores en Ning-po. (Pág. 157).

El 22 de octubre á las cinco de la mañana levantámos el campo, y á medio día nos desayunámos en He-Eijain, donde habitan unas treinta familias mongolas.

A las dos pasámos desde el territorio de Wang-tseal de Djassak, y por la noche plantámos nuestra tienda á corta distancia de una lamasería en construcion, Kiliang-sumé.

23 de octubre.—Muy temprano nos encontrámos cerca de Djassak-tiao, donde es lama el hermano menor de nuestro Peure, quien va á hacerle una visita. A seis leguas de aquí viven la mujer de éste y su hijo, todavía paganos, á quienes nos proponemos conducir á Porro-Palassan.

Al volver de su visita, nuestro cocinero nos refiere que su hermano ha atacado violentamente á los sacerdotes europeos, desaconsejándole con viveza que se establezca en Porro-Palassan, porque las leyes prohiben expatriarse sin el consentimiento del rey.

—Por otra parte, añadió, tu mujer y tu niño se encuentran ya en poder del mandarin.

Nuestro catecúmeno le contestó que nadie tenía derecho á arrebatarle su mujer, y que si el mandarin no se la devolvía, le hará restituir 200 pesetas, precio por el que la compró.

—En cuanto á tí, dijo al lama, sabes tan bien como yo que vuestra religion no vale nada. Quiero hacerte cristiano, ya sé cierto número de oraciones, y espero que dentro de poco me bautizará el sacerdote. Hoy mismo, al entrar en casa, reduciré á polvo todos mis ídolos.

Alentámos las buenas resoluciones de Peure, exhortándole á continuar la lucha con valor. Por la tarde llegámos á su casa. Al lado de su habitacion habia la de su hermano mayor, también casado y padre de un niño.

Inmediatamente Peure se vistió su traje de ceremonia, comprendidas las botas de terciopelo, montó á caballo y fué á casa del mandarin á reclamar su mujer. Al anoecer volvió sin ella, sin su hijo y sin las 200 pesetas. El mandarin, á quien se dió aviso de nuestra llegada, previendo las dificultades que íbamos á suscitarle, puso la mujer en manos del primer ministro de Dejassak y alegó un pretexto cualquiera para emprender un viaje.



Tche-kiang (China).—Vista del puerto de Nig-po. (Pág. 157).

1. Torre de Nuestra Señora de los Dolores.—2. Hospital de San José.

Mi compañero hubiera querido defender en persona este delicado asunto, pero habiendo residido muy pocos meses entre los mongoles, no se consideró en bastante posesion de la lengua para entrar en discusion con un ministro del rey. Así, pues, dejámos esta cuestion para más adelante.

El 25 de octubre entrámos en el territorio de Wuchen-ta, el más considerable de los pequeños reinos que forman el país de los Ortús, donde volvimos á encontrarnos en interminables llanuras de arena. En breve llegámos á Tja-han-noor, que lleva muy bien su nombre de lago Blanco, pues sus aguas y sus orillas tienen un tinte blanquizco á consecuencia de las exhalaciones salitrosas. Al caer el día nos hallámos en una especie de oasis en que habia agua y espesura. ¡Excelente campamento! Peure nos comunica una triste noticia: ha perdido una candela y el perro de su hermano mayor se comió otra; sólo nos quedan tres, y tenemos que andar aún cinco días antes de llegar á Porro-Palassan.

Por motivo de economía apagámos la luz inmediatamente despues de cenar, y para distraernos un poco en la oscuridad, entonámos alegres canciones.

El frío es tan intenso esta noche que nos impide cerrar los ojos. A las dos de la madrugada estábamos ya en camino, y de vez en cuando oíamos los aullidos de los lobos que iban de caza.

El 26 de octubre, al salir el sol, habíamos ya andado cinco leguas y media. Nos regalámos con una porción de arroz y nos dimos el lujo de la siesta de algunas horas. Luego empezámos á subir interminables colinas de arena, algunas de ellas altas como catedrales. Mas por la noche, ¡oh dicha! desembocámos en una magnífica llanura en que pacen numerosos rebaños de caballos y bueyes. Este es el único sitio fértil del reino de Wuchen-ta. La llanura tiene siete millas de largo por dos de ancho, y la atraviesa en toda su extensión un magnífico riachuelo. No falta allí el combustible. La lista de nuestra cena fué potaje de mijo.

El 27 continuámos el viaje á las cuatro de la mañana.

La sal, que se recoge en grande abundancia en el Dalsun-noor, y los caballos, son casi los únicos artículos de exportación de estas tristes comarcas; sin embargo, al Norte, á orillas del río Amarillo donde residen los Rdos. Vos y Lievens, se hace gran comercio de maderas, que se transportan por agua hasta la ciudad de Pao-thu, y desde allí á lomo de animales.

Por la mañana costeámos un lago de bastante extensión, donde toman sus jolgorios innumerables cercetas, que huyeron á nuestra vista, como si conociesen el alcance de nuestros fusiles.

El 28 de octubre muy de mañana pasámos junto á la lamasería en parte arruinada de Kaliotain, destruida hace doce años por los rebeldes. No sólo aquí, sino también en todo nuestro camino, hemos visto huellas del paso de esas hordas salvajes; así es que al nombre de Hui-dze, que es como se apellida á esos bandidos, los pueblos se llenan de temor.

Atravesámos sin percance el río Kaliotain-kol, y tres leguas más lejos encontramos Sine-sumé, una lamasería en construcción. Estamos de nuevo como sumergidos en un océano de arena, á lo que hay que añadir que los rayos del sol nos fatigan extraordinariamente, y padecemos ardentísima sed; pero fuerza nos es tener paciencia y avanzar lo más rápidamente posible.

Mas ¡qué delicia! ¡hé allí á lo lejos una hermosa y vasta pradera! Este lugar se llama Mobolak (mala fuente), y luego experimentámos que semejante nombre es muy merecido, pues cuando menos lo sospechábamos, hombres y bestias nos encontrámos con lodo hasta las rodillas. Lo que habíamos tomado por pradera era un

verdadero pantano. Poco faltó para que uno de nuestros caballos dejase allí sus huesos, y uno de los jinetes, no diré quién, tomó un baño nada limpio.

Al cabo de una hora de esfuerzos salimos del apuro. Tiempo era ya de descansar, pues estábamos rendidos. Mas hé aquí que en el instante en que plantamos la tienda nos ataca un enjambre de avispas. En un momento quedan olvidadas todas nuestras fatigas, y cada cual empieza á saltar y sacudirse lo mejor que puede. Felizmente la tienda está casi en orden; ante el formidable asalto que tenemos que sostener juzgamos prudente declararnos en retirada, y en un abrir y cerrar de ojos estamos todos al abrigo de la fortaleza, en los que en breve dimos cuenta de los pocos enemigos que á ella nos siguieron.

— Hé aquí un día del que nos quedará memoria, dijo uno de nosotros.

— *Hæc olim meminisse juvabit!* contestó otro.

En el mismo instante en que salía de sus labios esa reminiscencia de Virgilio, un golpe de viento tan imprevisto como violento, levanta nuestra tienda. Suerte fué que todos nos asimos de ella, haciendo sobrehumanos esfuerzos para impedirle que haga un viaje por los aires. A Dios gracias, la alarma duró poco, y por fin pudimos tendernos sobre las pieles de cabra, meditando acerca la inestabilidad de las cosas humanas.

Apenas restauradas un poco nuestras fuerzas, proseguimos la marcha, y pernoctámos á una legua del río Estrecho (naring-hol), distante diez y ocho leguas de nuestra residencia de Porro-Palassan. Deseábamos vivamente celebrar allí la santa Misa el día siguiente, mas por desdicha estaba extenuado el caballo que en reemplazo del que se estrelló en un despeñadero me prestó nuestro compañero de Atjirma. Enviamos á Peure en busca de dos caballos y un guía.

Al cabo de una hora volvió acompañado de un lama, quien pidió para conducirnos á Porro-Palassan 1,000 sapeas (unas cinco pesetas). Ofrecímosle 700, y se marchó, creyendo sin duda que le llamaríamos; nosotros le dejamos ir, seguros de que volvería.

Pero se pasó la noche, y viendo que no parecía el lama, nos pusimos en camino á las cinco. Apenas emprendida la marcha volvió con dos vigorosos caballos, aceptando nuestra oferta.

La cosa iba muy bien, y para no alojarnos más durante el camino, resolvimos acampar todo el día y partir á media noche con los caballos frescos: así andaríamos fácilmente las trece leguas que nos separaban de Porro-Palassan.

Pero una vez más experimentámos que el hombre propone y Dios dispone. A causa de ciertas circunstancias sólo hasta las seis de la mañana pudimos proseguir la marcha. No importa: es preciso que antes de medio día estemos en el altar. Contamos con los caballos del lama, que piafan y relinchan ante nuestra tienda.

¡En silla, pues, y á la buena de Dios!... En breve dejamos atrás la morada de cierto Thoraal, mongol rico é influyente, pero por desdicha enemigo de los misioneros, y de quien el Rdo. Van Aertselaer me refirió lo siguiente:

Cierto día nuestro compañero el Rdo. Steenackers y un cristiano, ambos á caballo, pasaron frente la habitación de Thoraal, quien se hallaba en la puerta con algunos de sus operarios. De improviso cinco ó seis enormes perros mongoles se arrojan sobre los caballos

de los pasajeros: el del Rdo. Steenackers, sintiéndose cogido por la cola, se encabrita. En vano el misionero grita al dueño que llame á sus perros, pues al contrario parece azuzarlos. Entonces, temiendo una desgracia, pone pié á tierra, doma á su caballo con una mano, y con la otra derriba de un tiro de revólver al perro asido á su cabalgadura. Al momento Thoraal y su gente caen sobre el cristiano y el misionero. Este hubiera podido fácilmente poner algunos hombres fuera de combate; pero tuvo bastante sangre fría para contenerse, á pesar de que le arrancaron la mitad de la barba.

No obstante, este grave asunto exigía una reparación de la que dependía el prestigio de los misioneros. Thoraal fué citado ante los mandarines y condenado á una multa de 2,000 pesetas. El Rdo. Steenackers, para probarle que no le guardaba resentimiento alguno, fué á pedirle el té en su casa. Aquel no rehusó, pero no ha depuesto su odio.

Nosotros volamos como el viento. El lama está furioso porque no nos detenemos para el desayuno, y nos grita que su estómago está vacío. Le contestamos que absolutamente tenemos que tocar el *Angelus* con los nuestros antes de medio día, y que bien podía hacer un poco de penitencia una vez en su vida.

¡Hurra!... ¡allá á lo lejos se divisan, en el centro de una verde llanura, las arruinadas fortificaciones de la ciudad gris, de Porro-Palassan!... ¡Adelante!... ¡no á la carrera sino como un huracán! Las liebres asustadas saltan á nuestra derecha y á nuestra izquierda.

A las once y media estábamos al pié del altar dando gracias al Altísimo.

P. D.— ¡Viva san Antonio de Padua! Abro la carta para anunciaros que un correo acaba de traernos la noticia de que han sacado del agua nuestro tesoro. No se han encontrado mis maletas y la tienda; pero Dios nos da con que ayudar á nuestros pobres mongoles: esto es lo esencial.

ÁFRICA OCCIDENTAL.

Carta del P. Bichet, misionero de la Congregación del Espíritu Santo y Sagrado Corazón de María.

San Francisco Javier del Ogowé, 15 setiembre 1882.

EL Ilmo. Le Berre me pidió que os transmitiese la relación del viaje que acabo de hacer en el N'gunié, entre los Ivilis, los Eveyras y los Ishiras que habitan este confluente del Ogowé. En otro tiempo estos infelices salvajes excitaron ya la piedad del P. Delorme, el primer misionero á quien fué dado explorar estos parajes, y me consideraría dichoso si la presente carta podía contribuir á proporcionarnos los medios de establecer una estación en medio de esta raza tan pacífica. Acompaño un plano que permitirá seguir mi relación.

El 20 de julio último á las diez de la mañana, una piragua, montada por veinte hombres, me aguardaba á orillas del río, por el que habían de acompañarme otras cinco embarcaciones cargadas de mercancías, pertenecientes á los europeos que se dedican al comercio en este país. A las diez de la noche llegamos á los Enengas, pueblo de origen gallés. Era tiempo de detenernos, pero como teníamos guayeros de todas razas, Nkomis, Orongus, Gallese, Bakelese y hasta Pahuinos, preferí,

para evitar todo disgusto y contienda en esos pueblos, acampar en un extenso banco de arena. Al momento se hizo fuego, y la cocina no fué poco ni mucho entretenida. Algunas bananas cocidas al rescoldo y un vaso de agua, tal fué la lista de nuestra cena, que el apetito hizo deliciosa. Terminada ésta, extendí mi estera en la arena, suspendí de cuatro palos mi mosquitero y me dispuse á conciliar el sueño, lo que me fué imposible, pues había allí un centenar de hombres que gritaban á cual más, y no se restableció la calma hasta media noche.

No obstante, á las seis todos estaban en pié, y luego se oyeron los cantos de los guayeros. Mi piragua, conducida por Nkomis, los mejores remeros del país, en breve pasó delante de las otras y á las tres de la tarde llegamos á la entrada del N'gunié.

De improviso vemos salir de entre los paletuvios una piragua de cinco hombres, todos armados.

— ¡No pasaréis! nos gritan: va con vosotros un joven que mató á nuestro rey, y es preciso que lo pongáis en nuestras manos.

El caso era serio, pues teníamos que habérnoslas con hombres de la raza más salvaje y cruel de estas regiones, la bakelesa, que no habla sino á tiros de fusil. Levántome, pues, y dirigiéndome al más anciano de la partida, le digo:

— Acampáname á tu pueblo, y allí todos sentados departiremos acerca el asunto.

Véase ahora en breves palabras de qué se trataba.

Algunos días antes de nuestra llegada uno de los hombres más importantes del primer pueblo bakelés, llamado N'dionké (en la lengua del país Desdicha), había ido á la factoría inglesa y bebió en ella con exceso, lo que sucede con harta frecuencia, pues el *alugu* (aguardiente) es por desgracia la mercancía más extendida en el país, y el demonio se aprovecha de ella para sembrar el desorden en todas partes.

Por la noche, al regresar á su pueblo, N'dionké pidió á una de sus mujeres un hachón de resina que le había encargado comprarse, con una hoja de tabaco. Aquella se lo trajo, mas el rey, encontrándolo de calidad inferior, empezó á incomodarse. Tenía entre las manos su fusil cargado, y gritando con cólera, golpeaba el suelo con la culata: al cuarto golpe se suelta el gatillo, sale el tiro, y cae muerto con la cabeza mutilada. Llamóse en seguida al gran hechicero, quien, después de convocar á todas las gentes de las cercanías hizo un *tam-tam* extraordinario durante ocho días ó mejor noches. Estos bailes nocturnos, alternados con frecuentes libaciones de *alugu*, tenían por objeto llorar al rey y encontrar al matador, porque es de saber que este pueblo, tan salvaje como cruel, no reconoce muerte natural, y cree que se acaba la vida por envenenamiento ó sortilegio. Al octavo día de tales ceremonias diabólicas, el *Ogan-ga* (fetiquista), adornado con todas sus pieles de animales, cubierta la cabellera con cuernos de cabritos ó de antílopes, ceñida la cintura con campanillas de todo género, se adelanta entre la multitud al sonido del tam-tam y declara que, merced á sus poderosos fetiquios, ha descubierto al autor del sortilegio lanzado contra el rey. ¿Quién era este culpable? Según el hechicero, un joven de diez y seis años, llamado Apekué, que trabajaba hacia mucho tiempo en una factoría inglesa y que ni siquiera se encontraba en el pueblo cuando ocurrió el accidente. Ahora bien, este pobre muchacho estaba en una de nuestras piraguas, y por este motivo se nos

0° 50'

7° 45'

8°

8° 15'

8° 30'

8° 45'

0° 45'

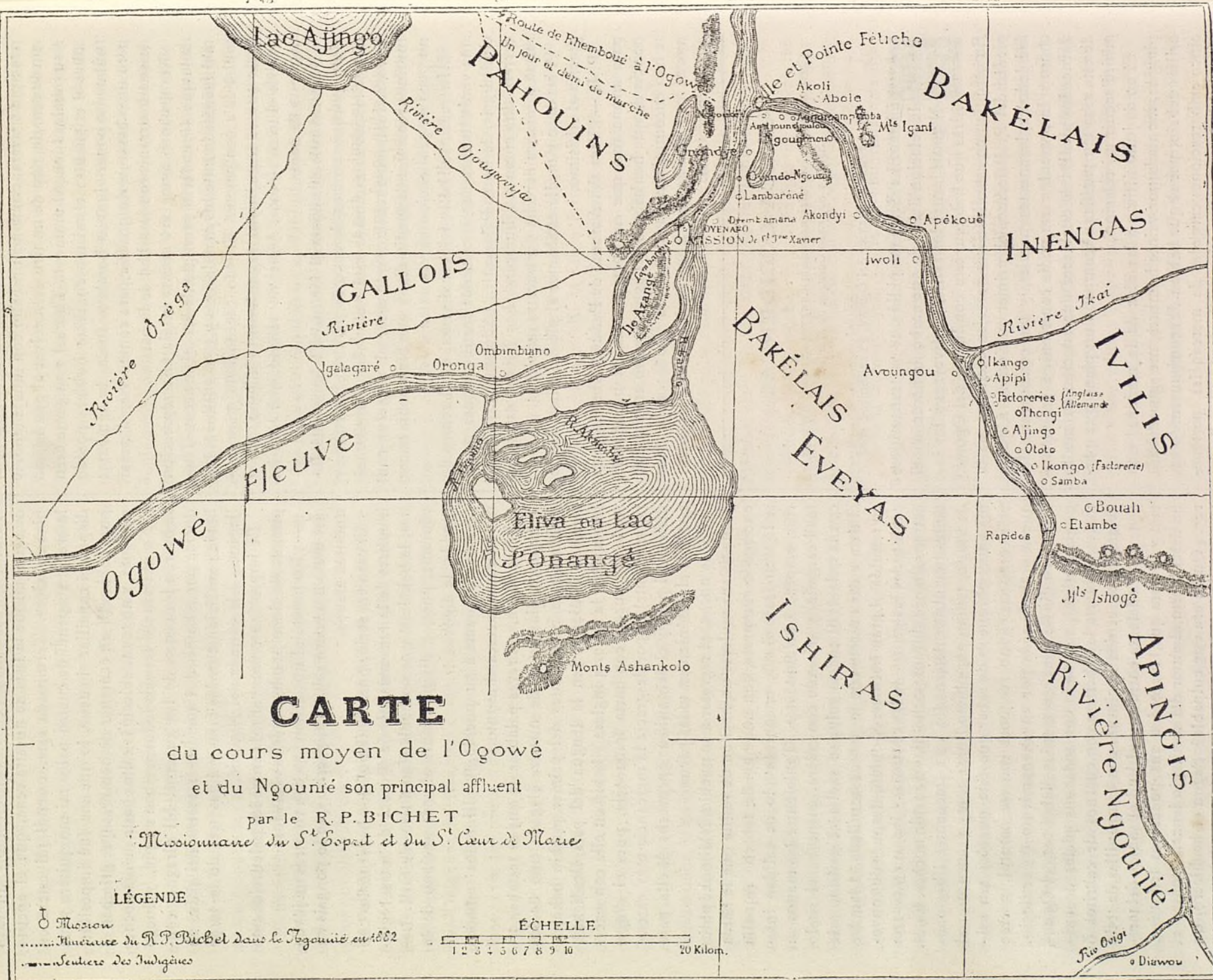
0° 45'

1°

1°

1° 15'

1° 15'



detenia. No cabe duda que se trataba de una acusación ridícula, pero no por esto era menos crítica nuestra situación.

Llegamos cerca del pueblo. A orillas del río se encontraban expuestos, en una especie de estrado, los objetos preciosos que habían pertenecido á N'dyonké. Salté de la piragua, acompañado de mi gente, y á la entrada del pueblo se me previno que el fetiquista había declarado que todos los hombres, excepto los blancos, debían ir con la cabeza baja y descubierta, como así se hizo para no atraerse la animadversión. Me introdujeron en una especie de patio cerrado por las cabañas del rey. Sus mujeres, en número de diez y ocho, vestidas con enaguillas azules y ceñida la cabeza con una cinta del mismo color, desfilaron en seguida en mi presencia para darme testimonio de su duelo. Luego los ancianos del país se colocan á un lado, y en el otro el acusado y Degoma, gabonés de cierta influencia en el N'gunié; yo me senté en el centro en un taburete. Entonces empieza la contienda.

— Este hombre, dice el fetiquista, lanzó un fatal sortilegio sobre aquel que fué la gloria y la riqueza de nuestro pueblo; es preciso, pues, que muera, y al filo del sable.

Todos se adhirieron á este voto salvaje, y yo viendo esto, tomo atrevidamente la palabra, y dirigiéndome al fetiquista, digo:

— Este muchacho á quien acusas no estaba aquí cuando N'dyonké murió; ¿cómo pudo ser la causa de su desdicha? Adviértelo bien, Dios, que es el gran rey de negros y blancos, no quiere que se mate al inocente... Todas esas muertes que tú, Oganga, atribuyes al veneno ó á los sortilegios, hay que atribuirlos únicamente á Aquel que es el único dueño de nuestra vida.

— Tú Minisé (misionero), me contestas este poseído, tienes tu sistema; nosotros tenemos el nuestro, y este no puedes juzgarlo, porque no eres negro.

— Falso, contesté; lo que es malo para el blanco también lo es para el negro, y tú sabes que nosotros, Minisés, hemos venido á este país, no como los otros blancos para comprar caucho y marfil, sino para reformar vuestros malos sistemas, enseñaros lo que Dios quiere de todos los hombres, é instruir á vuestros hijos: ahora bien, si no escucháis á los Minisés, Dios os maldecirá y os impondrá castigos.

Estas palabras, pronunciadas con autoridad, parecieron hacían impresión en ellos. Levantéme entonces, y cubriendo al joven con mi cuerpo, les dije en alta voz:

— Acusáis falsamente á este joven; no podéis probar que sea matador de vuestro rey; es inocente... y por lo mismo os declaro que nunca os lo entregaré, y que para prenderlo, primero tendréis que quitarme la vida.

Esos hombres, por bárbaros que sean, no se atreven á resistir al blanco cuando sabe mostrar energía. Así es como uno de nuestros intrépidos misioneros de San Pablo de Dongila, el P. Davezac, pudo, en un caso semejante, salvar la vida á un Pahuino que iba á ser inhumanamente inmolado y comido. Yo confiaba tener buen éxito como él. Los ancianos, en efecto, escucharon favorablemente mis palabras y me prometieron dejar la vida á Apekué. Mi causa estaba ganada.

Sin embargo, no juzgué prudente pernoctar en este pueblo, por temor de que durante la noche me arrebatasen la víctima. Nos embarcamos en una piragua y fuimos á vivaquear en un banco de arena poco distante.

Al salir del pueblo me ofrecieron algunos niños; pero atendidas las circunstancias me pareció mejor rehusarlos. Toda la noche se oyeron disparos de fusil, entre el ruido del tam-tam, lo que es para los negros señal de rigoroso luto, y dicen que obran así para ahuyentar á los malos espíritus y sobre todo para que el difunto no cause daño entre ellos.

El día siguiente proseguimos la marcha muy temprano. A las dos de la tarde el jefe de una piragua rezagada hizo de pronto un disparo y agitó su pabellón. Era que dos piraguas bakelesas lo perseguían, para despojarle sin duda... Damos una vuelta, y los agresores se baten prudentemente en retirada, pues saben que los tratantes no se arriesgan en los ríos sin ir bien armados.

Transcurridos dos días en semejantes peripecias, llegamos por fin al territorio de los Ivilis, pueblo pacífico y morigerado. Empecé desde luego á visitar los pueblos, bastante populosos; uno de los que ví tiene cerca de 800 habitantes.

Estas pobres gentes claman por que se les envíen misioneros: están desprovistos de todo, y ni siquiera saben cultivar la tierra. Así es que el hambre con su triste cortejo reina á menudo entre ellos, y entonces multitud de infelices perecen de hambre; y aún se me ha referido que durante esas épocas calamitosas no pocas madres, para no ver padecer á sus hijos los echan al agua. ¡Ah, si estuviese allí el misionero, cuánto bien pudiera hacer, y cuántos niños recogería bajo el humilde techo de su cabaña! Los escasos recursos de que disponemos no permiten aún el establecimiento de una estación entre los Ivilis. ¡Quiera Dios que los cristianos de Europa nos escuchen, y que añadan la limosna á la oración por estos pueblos infortunados!

Con verdadero sentimiento me separé de los Ivilis, que tanto difieren de los Bakeleses, pero prometí que más tarde el Minisé Mpotu (el gran misionero) esto es el ilustrísimo Vicario apostólico, les enviará sacerdotes.

El sábado 29 de julio estaba de regreso en San Francisco Javier, y cuatro días después tenía el dolor de enterrar á un individuo de la expedición de los Sres. de Brazza y Ballay. A esta aflicción se añadió otra: había yo salvado al joven acusado por el fetiquista de los Bakeleses; pero al cabo de un mes, por orden de este hechicero, se apoderaron de ocho mujeres y dos hombres. Torturóse á esas inocentes víctimas, y luego enterraron vivas á las ocho mujeres, y los dos hombres fueron quemados en el bosque.

Por lo demás, el pueblo bakelés es reconocido por su barbarie: los niños desde la edad de doce años toman el fusil, y no se les considera como hombres hasta que han quitado la vida en una emboscada á alguno de sus semejantes. No son mejores las costumbres privadas, y la ancianidad es entre ellos comunmente abandonada. La maldición de Dios pesa sobre esta raza, que disminuye visiblemente: no contenta con destruirse á sí misma, está continuamente en guerra con los Pahuinos, que la cazan doquiera la encuentran.

Los Gallesees no son tan crueles como los Bakeleses, mas la superstición los arrastra con frecuencia á actos inauditos. Véase un ejemplo: El martes 22 de agosto me encontraba solo en la Misión de San Francisco Javier, por haber ido el P. Heintz algunos días al Gabon. De improviso veo venir cinco hombres con fusiles y temblando.

—Nos quieren matar, y venimos á implorar tu proteccion.

—¿Qué sucede? les pregunté.

—Hace ocho dias subimos al N'gunié, y en nuestra embarcacion se encontraban dos mujeres, ante quienes hablamos del *Yasi*, diciendo que no era un genio, sino simplemente un hombre enmascarado que viene á los pueblos armado con un enorme cuchillo para atemorizar á mujeres y niños. Por este motivo los Gallesees quieren quitarnos la vida.

La acusacion era por todo extremo ridícula, pero el peligro no era menos grave: estos infelices negros son tan supersticiosos que cualquiera de ellos que revelara los secretos de tales torpezas seria inevitablemente condenado á muerte. El *Yasi*, en efecto, es el gran genio que reina en el país. Por él juran los hombres, mientras que á las mujeres y los niños les está vedado pronunciar su nombre.

Tranquilizo á esos hombres diciéndoles que si la cuestion se agravaba iria yo mismo á hablar con los ancianos del país. Retiráronse entonces, más hé aquí que á los dos de la tarde los veo volver corriendo á través de las malezas, cubiertos de sudor y con los vestidos rasgados por las espinas.

—Todos los Gallesees, me dicen, han llegado á Saoti (pueblo situado cerca de la Mision), y con ellos el *Yasi*. Esto es hecho, van á cogernos y matarnos.

Los aliento un poco, les aconsejo se dirijan á la factoría alemana, pues no queria tumulto en la Mision, y parto en seguida en direccion del pueblo. Habian llegado efectivamente doscientos Gallesees, y acercábanse piraguas por todos lados. Adelantéme con decision, y cuando estuve entre los ancianos del país, les pregunté de qué se trataba, á lo que contestaron que querian sacrificar á cinco hombres que habian revelado el secreto de su *Yasi*. A fin de no irritarles les hablé con dulzura y como padre.

—Evidentemente, les dije, esos hombres no han medido sus palabras; sin embargo, veamos, esto no merece la muerte. Vosotros me amais ¿no es cierto? y sabeis que yo tambien os amo, que todo lo he abandonado para venir á intruiros á vosotros y á vuestros hijos. ¡Ea, pues, amigos míos, escuchadme!

No habia de tratar ahora con feroces Bakeleses, sino con Gallesees, pacíficos y de costumbres morigeradas, que tienen ya alguno tinte de civilizacion y ciertos conocimientos de la religion cristiana.

—Cierto, me contestó el más anciano de todos, tú eres nuestro Padre, nuestro Minisé, nuestro blanco; pero el caso es gravísimo.

—¡Ah! le digo en voz baja, tú sabes bien que todo eso es pura farsa, y tú mismo no lo crees: comprendo que atemoriceis á las mujeres y á los niños; pero algunas palabras imprudentes no han de castigarse con la muerte.

Me escucha atento y propone á los otros ancianos conmutar esta pena con un fuerte rescate de mil pesetas, lo que fué aceptado, y no pude impedir que así se hiciese. Fuí á prevenir á los cinco acusados y les invité á que volbiesen al pueblo, donde se les obligó á entregar á sus compatriotas el fruto de muchos años de trabajo, la suma de mil pesetas próximamente.

No fué poca fortuna que saliesen tan bien librados; véase sino lo que sucedió aquí tres años atrás, cuando aún no estábamos establecidos en el Ogowé. Cierta dia

una mujer cometió la indiscrecion de entreabrir las pajas de una choza para ver al hombre que hacia de *Yasi*. Fué descubierta, y se salvó en su familia, en el territorio de los Enengas. Al cabo de un mes se le notificó que el asunto estaba concluido, y que le bastaria dar algunas enaguillas por daños y perjuicios. Volvió á su casa, creyéndose en perfecta seguridad, pero la misma noche fué presa, y el dia siguiente juzgada y condenada al suplicio. La familia, que era poderosa, ofreció una considerable suma, y se rehusó: la muerte era el castigo del supuesto sacrilegio. La condujeron á una isla vecina, donde se le leyó la sentencia, y en presencia de un hijo de ocho años le cortaron la cabeza, advirtiéndose antes al niño que si daba el menor grito sufriría la suerte de su madre.

¡Qué barbarie!... Esas infelices gentes empiezan ya á aprovecharse algo de la instruccion de los misioneros, pero hay mucho que hacer aún para lograr su conversion. Esperemos que Dios se compadecerá de ellos, y que llegará la hora en que la luz de Jesucristo brille en esta tierra infortunada, una de las últimas en conocer la buena nueva del Evangelio.

SIERRA-LEONA

(ÁFRICA OCCIDENTAL).

Memoria sobre la Mision, por uno de los Padres de la Congregacion del Espíritu Santo y Sagrado Corazon de María.

Freetown, 1.º de diciembre de 1882.



El origen del vicariato apostólico de Sierra-Leona remonta al año 1858, hasta cuya época este país, como todo el resto de la costa occidental de Africa, formaba parte de la inmensa Mision de la Senegambia y de las Dos-Guineas. Fué separado de ella y erigido en vicariato distinto por un decreto del 11 de abril de 1858, confiándolo á la Sociedad de las Misiones africanas de Lyon, á la sazón recién fundada por el Ilmo. de Marion Brésillac. Este Prelado partió inmediatamente para Sierra-Leona con cuatro sacerdotes y dos Hermanos; pero en el espacio de pocas semanas todos fueron arrebatados por la fiebre amarilla.

Los sacerdotes de las Misiones africanas pidieron entonces con instancia á la Santa Sede que se les enviase al Dahomey, y la Congregacion del Espíritu Santo recibió de nuevo el encargo de la Mision de Sierra-Leona, á la que se viene consagrando con celo á pesar de las muchas víctimas que le ocasiona la insalubridad del clima.

El vicariato apostólico de Sierra-Leona está limitado al Norte por el rio Nuñez, al Oeste por el océano Atlántico, al Sud y al Sudeste por el golfo de Guinea y el rio Cavally. No hay límite por el lado del interior.

La mayor parte del territorio comprendido en el vicariato apostólico de Sierra-Leona es gobernado por jefes indígenas independientes.

Inglaterra, no obstante, extiende su soberanía á muchos lugares. La península de Sierra-Leona, que da su nombre á la Mision, forma una colonia inglesa cuya capital es Freetown.

Francia posee para la proteccion del comercio entre europeos é indígenas, tres puestos militares, en las embocaduras del rio Nuñez, del rio Pongo y del Melacoreo.

Finalmente, al Sud del vicariato apostólico se encuentra la república de Liberia, que se extiende desde el río Gallinas al río Cavally, y su capital es Monrovia. Fundada durante la primera mitad de este siglo por la Sociedad protectora de los negros libertados de los Estados-Unidos, esta república se compone únicamente de negros libres exportados de los Estados-Unidos, y se gobierna por un presidente electivo y dos Cámaras.

El superior actual de la Mision es el P. Eduardo Blanchet. Después de pasar en ella muchos años fué llamado á la Senegambia, y en 1879 recibió de nuevo el cargo de dirigir esta obra importante. Volvió á Freetown el Lunes Santo, y los católicos le recibieron con los sentimientos del más vivo gozo, pues recordaban agradecidos que él fué quien en 1864 inauguró las escuelas: hasta los niños repetían su nombre, que habían aprendido de sus padres.

Desde entonces la Mision ha tenido el dolor de perder dos excelentes misioneros: el P. Backes en 1880, y el P. Hubert en este año. Otros han tenido que dejarnos sucesivamente á causa de gravísimas dolencias, con gran sentimiento de los católicos, todos muy adictos á los Padres. El P. Lutz tuvo que ir á Europa el año pasado para restablecer su salud, y ha vuelto el 20 de mayo del presente con un nuevo compañero, el P. Coyle. A su llegada se le hizo una ovación. Muchos negros fueron á recibirles á bordo, y el domingo siguiente fué una procesion continua: católicos y protestantes se apresuraban á darle la bienvenida.

Seis Hermanas de san José de Cluny nos prestan en Sierra-Leona su generoso concurso. Una de ellas, la H. Margarita, en 1880 fué atacada de una fiebre biliosa que en tres días la redujo á la última extremidad. Declarando el médico que le quedaban pocas horas de vida, se le administraron los últimos Sacramentos. No obstante se restableció en breve, y el facultativo, aunque protestante, no temió afirmar que la curacion era debida, no á los remedios, sino á las oraciones que se hicieron por ella.

El bien continúa obrándose cada vez más en la Mision, á pesar de las dificultades y contradicciones. Recientemente, sobre todo, la conversion de buen número de protestantes nos ha colmado de consuelo.

La herejía, en efecto, es el principal enemigo contra el que tenemos que luchar. Freetown, capital de la colonia, contiene actualmente una poblacion de 21,000 habitantes, pertenecientes exclusivamente á las diferentes ramas del protestantismo. Según el último censo de 1881, no se cuentan en ella menos de 49 sectas distintas, cada una de las cuales tiene sus ministros, sus predicantes y sus templos. Entre éstos se distingue la catedral, que costó millon y medio. El obispo anglicano que la sirve goza él solo una retribucion de 900 libras esterlinas (22,500 pesetas), más de lo que nosotros recibimos de la *Propagacion de la Fe* para toda nuestra Mision, comprendido el personal y las obras.

El europeo que aborda por primera vez en Sierra-Leona pudiera creer, á la vista de los edificios religiosos que se encuentran á cada esquina, que los negros protestantes de este país deben hacerse notar por sus felices disposiciones. Esto seria un error. Su asiduidad á las reuniones en los templos y las prédicas encubren una corrupcion sin límites. ¡Cosa increíble! entre esos sectarios supersticiosos los hay que adoran la viruela y que la transmiten por devocion, inoculando á otras personas el virus que ven tomar de los enfermos.

El demonio no tiene solamente sus adeptos en Sierra-Leona, ha conseguido además reclutar verdaderos adoradores, que se reúnen los viernes en una casa en la que ejecutan abominables danzas en honor del diablo.

A la supersticion y á la inmoralidad hay que añadir las más groseras prevenciones contra el Catolicismo, de las que no puede formarse una idea quien no lo experimenta por sí mismo. Divididas entre sí, todas las sectas concuerdan en una cosa, en perseguir á la santa Iglesia con su odio y sus calumnias. No contentos con atacar y desvirtuar el Catolicismo en sus predicaciones, los ministros llegaron un día hasta fijar en las calles carteles llenos de odiosas mentiras contra los misioneros. Pero, viéndoles por sí mismos en la obra, muchos negros reconocieron que se les habia engañado, luego hubo conversiones, y su número aumenta todos los días.

Para no hablar sino del año 1881, hemos tenido el consuelo de registrar hasta 60 bautismos de adultos protestantes. El Sábado Santo se presentaron 26 en las fuentes bautismales. Otros 10 se disponian igualmente para recibirlo en la fiesta de Pentecostes. Los gozos del Sábado Santo tuvieron su complemento el 25 de abril, domingo de Quasimodo, en una primera Comunión de 36 personas de ambos sexos, la mayor parte protestantes convertidos.

Este movimiento de conversion se encalmó luego á causa de la reduccion ocasionada en el personal de la Mision por las defunciones y enfermedades. Con todo, tres protestantes hicieron su abjuracion la víspera de Navidad, y seis el Sábado Santo del presente año. Una conversion notable es la de un jóven que consagró tres años en Inglaterra al estudio del derecho. Esta conquista sobre la herejía ha hecho sensacion entre la aristocracia protestante.

Todos los negros muestran gran solicitud por asistir á nuestras solemnidades. Para el Oficio de la noche de Navidad distribuimos á los católicos, como otros años, tarjetas de entrada, y á los protestantes no se las dimos sino mediante formal demanda: á pesar de esta medida, absolutamente necesaria para evitar el desórden y aglomeracion, en menos de un cuarto de hora la iglesia estuvo llena, y fué preciso rehusar más de la mitad de las solicitudes.

El Viernes Santo hubo igual afluencia de protestantes, entre los que se notaban varios ministros. Antes del sermón, que es siempre el principal objeto de su curiosidad, todos habian tomado parte en el *Via crucis* y cantado con entusiasmo las estrofas del *Stabat Mater*...

En Murray-town, á cinco kilómetros próximamente de Freetown, inaugurámos tiempo atrás una nueva Mision que continúa ofreciendo consoladoras esperanzas. El pueblo á medida que nos conoce se muestra más simpático: la visita del sacerdote blanco es muy agradecida, y se le recibe con la mayor cordialidad. Los niños no tienen recelo alguno en acercársele. Esto es un gran adelanto, pues así podemos á lo menos hablar de Dios é insinuar las verdaderas nociones de la doctrina cristiana.

Al principio la novedad atrajo á los protestantes, y hoy buen número son más ó menos adictos. Algunos nos han permitido que bauticemos á sus hijos; otros, sin tener todavía intencion de renunciar á sus creencias, frecuentan regularmente cada domingo nuestros catecismos.

— En vuestra capilla, nos dicen, se habla de Dios, y esto hace bien al alma.

La reunion para los catecismos fijóse el domingo por la noche, pues esperábase que en este momento los negros acudirían en mayor número, como así sucedió.

« Desde entonces, escribía el P. Rimbault encargado de esta obra, Murray-town ofrece cada domingo un aspecto hasta entonces desconocido. Todo el pueblo asiste á la capilla. Compactos, los hombres están á derecha, las mujeres á izquierda, y los niños en el centro sentados al estilo chino: necesitaríamos ya una basílica. Las Autoridades del lugar se hacen un deber de asistir á la reunion. Así que entra el orador reina un silencio profundo: la oracion de la noche y un catecismo terminan el catecismo. »

Durante tres domingos consecutivos la capilla llenóse completamente y muchos no pudieron entrar, asistiendo tambien dos catequistas protestantes, es decir dos futuros ministros, que tomaban notas acerca los puntos de controversia que se trataban, con objeto de refutarlos en sus prédicas.

Furiosos viendo así desiertos los templos protestantes, un ministro europeo convocó á sus ovejas á una reunion extraordinaria, y despues de toda suerte de invectivas contra

el misionero y su iglesia, prohibió con amenazas el frecuentar nuestros catecismos. Los negros intimidados se retrajeron de asistir á la capilla algunas semanas, pero luego volvieron como antes.

De vez en cuando visitamos á los negros de los pueblos vecinos, que escuchan con gusto la palabra de Dios. En *Waterloo* en particular, pueblo distante cinco leguas, la casi totalidad de los habitantes manifiesta el deseo de renunciar al protestantismo. Convendría, pues, una capilla y un sacerdote residente; pero ¡ay! sin hablar de nuestro escaso número, apenas tenemos recursos para las necesidades actuales. Entre tanto exhortamos á estos buenos negros á venir á vernos en Freetown.

Si por el momento no podemos hacer más que pre-

parar el acceso del Evangelio al país de los Timnes, en cambio tenemos ya otra capilla en Benty, á orillas del Mellacorea, á veinte leguas próximamente al Norte de Sierra-Leona. En diciembre de 1880 el P. Blanchet recibió del comandante francés de esta localidad una carta invitándole encarecidamente á fundar allí una Mision. Construimos, pues, una capilla, que consiste en una choza de tierra de 42 piés de largo por 25 de ancho, y comprende, además de la parte destinada al lugar santo, un aposento para el misionero que la visitará dos ó tres veces al año para las necesidades del ministerio.

La falta de Hermanos que cuiden de nuestra escuela de niños, nos ha movido á confiarla á maestros indígenas católicos, muy aptos para este cargo, que desempe-

ñan por un módico salario. Las escuelas de niñas continúan siendo dirigidas por las Hermanas de san José de Cluny.

Estas dos escuelas van prosperando: la de niños contaba 106 en 1880, y la de niñas 140: desde entonces su número ha ido en aumento. La colonia aprecia mucho la educacion de la juventud; las familias, por su parte, no ambicionan otra cosa para sus hijos que verles abrazar una carrera en la administracion ó el comercio, y para

esto es indispensable una instruccion muy esmerada.

Al concluir el año escolar el señor Gobernador vino á presidir los exámenes los días 15 y 16 de diciembre de 1881. Era la primera vez, desde la fundacion de la Mision, que nos hacia este honor el jefe de la colonia. Nuestras dos escuelas comprendian á la sazón 130 niños y 140 niñas.

Su Excelencia, A. Havelock, escribió luego al Padre Superior una carta de alabanza y satisfaccion por el progreso y perfeccion de la excelente obra emprendida por la Mision católica.

En la escuela de las Hermanas los resultados fueron igualmente satisfactorios. La señora Gobernadora tuvo la bondad de venir á ver la exposicion de sus trabajos de aguja, y ensalzó su hábil ejecucion.



CHINA — Ilmo. Raimondi, vicario apostólico de Hong-kong. (Pág. 157).

Véase otro testimonio inequívoco en favor de la Misión de Sierra-Leona. Lo extracto de la memoria oficial hecha después del último censo de la colonia.

« Los católicos, se dice en este documento, forman un cuerpo de obreros poco extendido, es cierto, pero laborioso. Relativamente á su número educan más niños de ambos sexos que cualquiera otra secta religiosa de Sierra-Leona. Fundaron su obra de evangelización en 1864. En cuanto á las Hermanas, que son todas europeas, fuera del alimento y el vestido, no reciben retribución alguna por una vida enteramente consagrada á obras de piedad y utilidad, en un clima tan penoso y malsano.»

CRÓNICA.

Roma.—El Emo. cardenal Hassun ha presentado á Su Santidad una diputación de católicos armenios, los cuales fueron á dar las gracias al Papa por el Breve de fundación de un colegio eclesiástico armenio en Roma. Al frente de esta comisión iban algunos obispos y monjes mechitaristas del rito armenio. El Emo. Hassun, tomando la palabra en nombre de los presentes, interpretó los sentimientos de gratitud de sus conciudadanos á Su Santidad, el cual respondió con expresiones de especial benevolencia hacia los católicos de la nación armenia, manifestando la esperanza de que este colegio fundado en Roma pueda prosperar rápidamente bajo la sabia dirección del cardenal Hassun.

Los trabajos para establecer este colegio en San Nicolás de Tolentino continúan activamente.

Constantinopla.—El Ilmo. Botelli, delegado de la Santa Sede, fué recibido el 15 de marzo en audiencia solemne por el Sultan. Su Majestad Abd-ul-Hamid le dispensó cordialísima acogida. El representante del Papa visitó luego á los diferentes ministros de la Sublime Puerta.

—Nuestra Señora de Lourdes sigue colmando de beneficios á los peregrinos de Fery Keui. A principios del mes de noviembre último, es decir, á los diez y seis meses de la primera curación milagrosa, se contaban en la capilla más de quinientos *ex-votos* de gran valor. Hay entre ellos 29 ojos, 44 piernas, 18 cabezas, 16 brazos, 24 orejas, 19 manos de plata, 2 manos de plata sobredorada y 3 ojos de oro.

Los turcos, efendis, hodjas y señoras turcas van en peregrinación á Fery Keui, rezan á Nuestra Señora de Lourdes, se hacen leer el Evangelio, encienden velas delante del altar y beben agua de Lourdes. Su devoción es muy ferviente. Nuestra Señora de Lourdes ha cambiado el orgullo musulmán en cordialidad afectuosa y tierna sencillez.

Urmiah (Persia).—De una carta del Rdo. Salomon, misionero lazarista, fechada el 25 de enero último, extractamos lo siguiente:

«...El gran número de conversiones de que somos hoy testigos nos demuestra que el Señor tiene designios de misericordia sobre la nación un tiempo célebre de los caldeos. Mientras llega el feliz día de que se extienda aquí la civilización y la fe, incumbe á nuestros misioneros la tarea de socorrer en su miseria á estos pueblos tan dignos de piedad.

«Después del hambre espantosa que diezmó esta provincia vinieron los saqueos del famoso jeque Ubeidullah, que durante dos años asoló el país, y por último la peste, consecuencia natural de la guerra.

«El resultado de estos azotes sucesivos ha sido en todas partes gran número de huérfanos. Las Hermanas de la Caridad han recogido á muchas niñas, aunque no todas las que deseaban por insuficiencia de recursos. Nosotros hemos adoptado los niños cuyos padres murieron de hambre. ¿Quién hubiera acogido á estos huérfanos si nosotros los hubiésemos desechado? Aquí nadie se ocupa de ellos. Cuidamos á cierto número, todos interesantes por sus desdichas y por sus excelentes disposiciones; pero ¡cuántos otros se encuentran en el mismo caso! Lejos de poder dispensar á todos un asilo, estamos en vísperas de vernos obligados, á causa de la disminución de recursos, á deshacernos de los primeros adoptados, antes de que estén en estado de ganarse la vida. Esto sería para nosotros una pena vivísima, pues estas infelices criaturas se encontrarán en inminente peligro de perderse.

«Únicamente pueden preservarles de esta desdicha las almas generosas que desean el reinado de Dios y la gloria de nuestra santa Religión. Una grande potencia da con profusión su oro para conservar y adquirir los monumentos asirios, y ¿no se nos ayudaría á conservar los restos vivientes de esta antigua nación? Si los que favorecen la *Obra de la propagación de la Fe* atienden nuestras súplicas, estos niños vivirán, aprenderán oficio, y serán al mismo tiempo buenos cristianos llenos de gratitud hacia sus bienhechores.»

Tche-kiang (China).—El Ilmo. Guierry, de la Congregación de san Lázaro y vicario apostólico, ha tenido la bondad de transmitirnos dos vistas que reproducimos en las páginas 148 y 149.

La primera es la iglesia de Nuestra Señora de los Dolores en Ning-po, según dibujo de un sacerdote chino. Esta iglesia, situada en el barrio europeo, mide 96 pies de largo por 42 de ancho y es de tres naves. «Pero, escribía al reverendísimo Prelado, estas naves tienen todas la misma altura y un solo techo, pues sin contar los recursos más considerables que eran precisos para concluir la nave mayor, el terreno carece de suficiente solidez para soportarla, y los terribles huracanes que aquí experimentamos la hubieran derribado en breve. La altura interior hasta las latas que reemplazan la bóveda, es de 32 á 33 pies.»

El segundo grabado representa, de una fotografía, el puerto de Ning-po. A derecha se ve el campanario de Nuestra Señora de los Dolores. Un poco adelante, separada de la iglesia por la casa de un comerciante americano, hay el hospital de San José, fundado treinta años há, pero transferido al barrio europeo en 1871. Dirigido por las Hermanas de Caridad de san Vicente de Paul, este establecimiento contiene unas cuarenta camas para los chinos y una docena para europeos, teniendo anejo un dispensario.

Hong-kong (China).—Un periódico americano, *El Republicano* de San Luis (Estados-Unidos), publica interesantes pormenores acerca el vicario apostólico de Hong-kong, Ilmo. Timoleon Raimondi, misionero desde hace treinta años en el Extremo Oriente. El venerable Prelado ha tenido que abandonar momentá-

neamente su Mision y dirigirse al Nuevo Mundo para restablecer su salud, gravemente comprometida por las fatigas de un largo apostolado.

El Ilmo. Raimondi es de elevada talla, y su lengua barba empieza á blanquear. Aunque italiano de nacimiento, habla el inglés con facilidad.

Enviado en 1850 por sus superiores al vicariato de la Milanesia y Micronesia, que acababan de ser confiados á la Sociedad de las Misiones extranjerías de Milan, el P. Raimondi pasó los tres primeros años de su vida apostólica en los archipiélagos del Pacífico, y particularmente con los salvajes de la isla Woodlark, entre la Nueva-Guinea y la isla Salomon, al Norte de Australia.

Al principio de su ministerio estuvo á punto de ser víctima del apetito de sus ovejas antropófagas. «Cierta día, refiere, ví que mis salvajes se concertaban y me miraban de una manera tan extraña que no podía comprender cuáles eran sus intenciones. Por fin uno de ellos se me acercó y se puso á tantear mis pantorrillas moviendo la cabeza como para decir que estaban muy flacas. Me estremecí á pesar mio, pensando que estos caníbales tenían ganas de cortarme en *biftecks*. Felizmente no pusieron su proyecto en ejecucion.

Los instintos de estos insulares eran tan degradados, que despues de infructuosos esfuerzos el jóven y heroico misionero tuvo que renunciar á convertirlos á la fe. «Sus pensamientos, dice, no se elevaban sobre la materia; su idioma no tenía una sola voz para expresar las ideas del órden intelectual, y estaban tan desprovistos de sentido moral, que quitaban la vida á sus hijas recién nacidas, quemándolas vivas.»

Desde la isla Woodlark el Ilmo. Raimondi pasó á Borneo, cuyos habitantes maleses evangelizó durante tres años. Luego se dirigió á China, y fijóse en la ciudad de Hong-kong, de la que fué prefecto apostólico en 1864, á la muerte del P. Ambrosio, y vicario apostólico en 1874, siendo nombrado el 17 de noviembre del mismo año obispo titular de Acanto.

El *Republicano* da luego, segun las palabras del Obispo, dolorosos detalles acerca el infanticidio, incurable llaga de la China: «Cada año los misioneros salvan de 30,000 á 40,000 niños. Si se hacen representaciones á las Autoridades acerca la abominable costumbre de exponer en las calles, de dejar devorar por los perros ó de ahogar á las niñas, los mandarines se apresuran á publicar edictos que quedan letra muerta, ó bien castigan á los padres culpables con multas irrisorias.»

Hu-pe oriental (China).—El Ilmo. Zanoli, vicario apostólico, escribe desde U-tchang:

«Voy á daros noticia de una visita pastoral que he hecho recientemente:

«Partido el 8 de mayo de Han-Keu en una barca conducida por dos remeros, llegué el 11 á la iglesia de Lang-kia-ho.

«Esta localidad cuenta muchos centenares de cristianos: allí tuve que aguardar que los neófitos de Kiang-chang-hien, distante ocho leguas, fuesen avisados de mi llegada: como era á la sazón la época de la cosecha de la cebada, del trigo y de la sementera del arroz, me quedé hasta la Ascension.

«El 16 de mayo fuí á caballo desde King-chang-hien á la cristiandad de Suang-ho. Allí tuve no poco motivo de consuelo, pues desde mi última visita el número de cristianos había más que doblado. Confirmé á unos

cincuenta adultos. El misionero me acompañó á una nueva capilla erigida en honor de san Juan apóstol, y edificada casi enteramente á expensas de los neófitos. Se levanta en la salida de un montecillo perteneciente á la Mision, no lejos de un encantador riachuelo, y cerca de un valle rico en legumbres y en trigo. Desde allí fuí á la nueva iglesia de Nuestra Señora de Lourdes, para que todos pudieran plantar el arroz y al mismo tiempo dar á los neófitos el tiempo de prepararse. Esta iglesia, distante cinco leguas de Sung-ho, está bien construida, pero aún le falta el enlosado, la balaustrada y los ventanales: se necesitarían aún 1,000 pesetas para acabarla.

«Trescientos neófitos de las cristiandades vecinas recibieron en ella la Confirmacion. Los trabajos urgentes, la enfermedad y sobre todo el mal tiempo impidieron por desgracia que muchos acudiesen. Así, el día del Corpus gran número de ellos que se habían puesto en camino para celebrar con nosotros esta solemnidad, no pudieron cruzar el río próximo, engrosado por las continuas lluvias.

«Desde que se tuvo noticia de mi llegada, cada día esos buenos cristianos acudieron de muchas leguas á la redonda, en grupos de ocho ó diez, unos para ver á su obispo, otros para hablar con el misionero, que con frecuencia desempeña el oficio de árbitro y juzga las contiendas aún entre los paganos.

«El 9 de junio me dirigí á Lieu-chu-ho, nuevo centro de cristiandad á tres leguas hácia el Este. Fuí recibido con gran pompa por varios centenares de cristianos y de catecúmenos, y confirmé á más de cincuenta adultos. El 11 fuí á Ping-po, donde encontré un centenar de neófitos y catecúmenos. Véase cómo se propagó la fe en este país. El hijo único de un fabricante de ídolos de esta ciudad estaba en relaciones con nuestros neófitos de Sun-ho y deseaba vivamente abrazar nuestra religion. Habiendo enfermado gravemente, el padre recurrió á los ídolos, pero en vano; el enfermo iba cada vez peor, y no cesaba de repetir que el Dios de los cristianos podía curarle. No viendo otro remedio, el viejo pagano corrió al pueblo de Sung-ho, y suplicó á los neófitos que le salvaran el hijo con sus oraciones, prometiéndole hacerse cristiano si recobraba la salud. Este buen hombre fué escuchado, y fiel á su promesa, se hizo bautizar con toda su familia y abandonó su triste oficio. Esta conversion tuvo felicísima influencia en los alrededores y fué la causa de muchas otras.

«El día de san Antonio de Padua, patron de este vicariato, pasé al distrito de Se-tcheu: visité varias cristiandades, y en todas partes mi presencia fué saludada con gozo por los buenos cristianos, á quienes exhortaba y fortalecía cuanto me era posible. Prosiguiendo mi camino llegué á una cristiandad muy interesante. El excelente P. Braun para obsequiarme había adornado su cabaña de suerte que estaba desconocida. En 1866 visité ya esta estacion y le había dado el sobrenombre de cristiandad de los Mudos, á causa del gran número de habitantes que padecían este achaque. La cifra de bautizados excede de ochenta, y hay algunos centenares de catecúmenos.

«Permítaseme referir el origen de esta Mision. La familia de los mudos había sido constantemente modelo de devocion, edificaba á los paganos, y con su buen ejemplo había promovido varias conversiones. En 1877 murió una anciana mujer á quien se había bautizado

tres años antes con el nombre de Ana. La difunta se apareció á una de sus amigas gravemente enferma, y le dijo que para curar debía adorar al Dios de la familia de los mudos. La amiga prometió que lo haría y fué curada. Refirió á su marido la causa de su curacion: éste se burló y aún hizo algunas prácticas supersticiosas para dar gracias á los ídolos por el restablecimiento de su mujer. Caro lo pagó, pues ésta recayó gravemente enferma. La vieja Ana apareciósele de nuevo, manifestándole que moriría si no se conformaba á sus órdenes. La enferma lo prometió todo y advirtió del caso á su marido. Este, á quien la recaída de su mujer habia hecho más prudente, renunció á sus ídolos, y habiendo obtenido súbitamente la curacion completa de su mujer, se hizo tambien cristiano. Este hecho extraordinario, mediante la gracia de Dios, promovió la conversion de muchas familias, y poco á poco la religion cristiana fué extendiéndose.

« Antes de despedirme de estos buenos neófitos les prometí ayudarles á construir una capilla de que tienen absoluta necesidad, pues no hay allí habitacion alguna capaz para contener el pueblo durante los oficios. Han reunido espontáneamente unas mil pesetas, pero habrá que añadir todavía dos ó tres mil para una construccion nada más que regular.

« El 23 un chubasco me acompañó hasta la cristiandad próxima. Desde allí, merced á la enorme cantidad de agua caída los días precedentes, pudimos remontar en barca las ocho ó diez leguas que nos separaban de la última estacion del distrito.

« Una rápida corriente nos llevó en seguida al pueblo de Si-ho. La nueva capilla construida dos años há, está situada fuera del pueblo, y en torno de ella se han agrupado unos trescientos cristianos antiguos. El día siguiente, que era domingo, pregunté á los niños la doctrina cristiana, y tuve el consuelo de convencerme que todos estaban bien instruidos.

« El 26 partí de esta cristiandad y recorrí unas doce leguas por el rio Fu-ho, y echámos el ancla para pasar la noche á dos leguas de la ciudad de Te-ngan-fu. El 27 me detuve en casa de algunas familias cristianas.

« El día siguiente recibí de los neófitos de la capilla de San Francisco Javier una invitacion para que fuéase á administrarles la Confirmacion. Por desdicha una lluvia torrencial impidió á muchos neófitos que se presentasen en la capilla. Este fué mi postrer alto: luego continué mi camino para Han-Keu.

« En esta visita pastoral he administrado trescientas confirmaciones, dado la sagrada Comunión á cien personas y recorrido unas ciento cuarenta leguas, la mitad á caballo ó en litera. Los puntos más agradables son King-Chuy y la nueva cristiandad de Ping-po, cuyas colinas están cubiertas de árboles frutales de toda especie. Las más ricas son las cercanías de Jang-kia-ho, donde el terreno vale cuatro ó cinco veces más que en los otros puntos...

Africa ecuatorial.—El 9 de febrero se embarcaron para el Congo dos sacerdotes de Argel, los Rdos. Guyot y Baudounet, misioneros apostólicos enviados por S. E. el cardenal Lavigerie para explorar el curso del Congo desde Stanley-Pool hasta Nyangwé, con objeto de preparar allí el establecimiento de dos nuevas estaciones. Los misioneros de Argel están ya instalados en el Massancé, en los orígenes mismos del Con-

go, no lejos del lago Tanganika y al Este del mismo.

Hace algunos meses habia de partir de este punto una caravana para bajar el rio, pero fué completamente destruida por negros bandidos. En su consecuencia el cardenal Lavigerie, encargado de la direccion de estas Misiones como delegado apostólico, resolvió que en adelante sus misioneros del Congo superior tomasen el camino del Oeste, y que fuesen por el curso del rio, partiendo de San Pablo de Loanda, en vez de Zanzíbar.

Contando seis nuevos apóstoles, partidos á fin de marzo, las Misiones del Africa ecuatorial, confiadas á los misioneros de Argel, estarán servidas en adelante por treinta y un misioneros: veinte y dos sacerdotes, tres Hermanos y seis auxiliares.

Desde el principio de la Obra hasta hoy cuatro de ellos han derramado ya su sangre por el cumplimiento de su mision heróica, y otros nueve han sucumbido á la fatiga ó á la insalubridad del clima, lo que hace un total de cuarenta y cuatro misioneros partidos de Argel para el interior del Africa ecuatorial, en el espacio de menos de cinco años, sin contar cinco Padres ó auxiliares llamados á Europa por sus superiores.

Los frutos de salvacion obtenidos por estos misioneros son ya considerables. Una sola Mision, la del Nyanza, cuenta 500 neófitos, y la del Tanganika promete resultados mucho más rápidos. Lo que falta son recursos. Los misioneros protestantes establecidos en las mismas regiones en número de diez y siete solamente, reciben de diversas sociedades de propaganda anglo-americanas, 1.200,000 pesetas anuales, y los enviados del rey de Bélgica, 1.500,000 pesetas por término medio. Los misioneros católicos son muy pobres al lado de estas sumas; pero suplen á su indigencia por su abnegacion apostólica.

Túnez.—El P. Delatre, de las Misiones de Argel, escribe desde Cartago:

«Ayer celebrámos la fiesta de las santas Perpétua y Felicitas y de sus compañeros mártires en el anfiteatro de Cartago. Los alumnos del seminario y los escolares misioneros fuéron en peregrinacion al lugar mismo de aquel glorioso martirio. Profundamente conmovidos cantaron el hermoso himno de nuestro Oficio particular, en medio de las ruinas de ese anfiteatro, testigo en otro tiempo del generoso combate y de la ilustre victoria de aquellas mujeres cristianas y de sus compañeros de suplicio. Desde hace más de mil años ningun canto cristiano habia resonado bajo las derruidas bóvedas del anfiteatro de Cartago.

«¡Dígnense santas Perpétua y Felicitas interceder ante el Señor para la resurreccion entera de esta hermosa Iglesia de Africa.»

MOSÁICO CHINO.

XVIII.

APARATO PARA ELEVAR EL AGUA (I).



El aparato para elevar el agua para el riego, merecía alguna atencion, encontrándosese en estío en los campos á cada paso. Al primer golpe de vista, un europeo exclamaria: «¡Qué aparato más ridículo! ¡qué frotacion! ¡cuánta fuerza per-

(I) Extracto de una carta inédita del R. P. Helot, S. J. El dibujo es del grabado del H. Juan Ferrer, muerto en Shang-hai el 31 de diciembre de 1856. (V. tomo I, pág. 570).

dida! esto es verdaderamente la infancia del arte.» Pero que observe detenidamente el aparato en movimiento y no tardará en reconocer que es muy superior al mecanismo de Arquímedes, el cual no puede elevar cómodamente el agua más que á una mediana altura.

El aparato chino consiste:

1.º En un canal A B C D, formado de tres planchas, el cual tiene de ordinario veinte centímetros de alto por quince de ancho, siendo la longitud arbitraria.

2.º En una serie de planchas ó paletas E F G, unidas entre sí por medio de articulaciones, de manera que forman una especie de cadena sin fin. Con el objeto de evitar la frotacion, las paletas son de cuatro á cinco milímetros más estrechas que la caja del canal en que están destinadas á funcionar. En la parte superior de dicho canal de madera, A B C D, hay una cámbria guarnecida de clavijas convenientemente espaciadas para recibir la cadena de paletas.

Para funcionar el aparato, disponen el canal A B C D, siguiendo un plano inclinado, que varia segun la profundidad del agua y la longitud del canal, con una extremidad hundida en el agua, y la otra lindando con el nivel del campo que se quiere regar, y colocan las paletas del modo que representa el grabado (pág. 141). La parte inferior se sumerge en el canal A B C D, y en la extremidad superior A B, se enrosca la cadena de paletas al rededor de la rueda L M N, para volver á ganar la extremidad inferior, donde pasa por una pequeña rueda para entrar de nuevo en el canal.

Esta cadena de paletas recibe el movimiento de la rueda L M N, que la recibe de otra de engranaje, horizontal, movida por un búfalo, ó por hombres, por medio de un manubrio, y con más frecuencia del modo que se ve en nuestro grabado.

El eje de la rueda tiene pequeños apéndices de veinte centímetros de longitud, sobre los que marchando los hombres, como lo indica la figura, imprimen el movimiento á la rueda que arrastra la cadena sin fin. En este movimiento, cada paleta que sale del agua lleva al canal cierta cantidad de agua, que volvería á su seno corriendo entre la paleta y las paredes del canal, si no

la contuviese la impulsión de la paleta siguiente (porque las paletas no tienen ningun roce con las paredes del canal). El movimiento de la cadena, renovando á cada instante la impulsión en todos los puntos del canal y haciendo entrar en él á cada momento una nueva cantidad de agua, está siempre lleno, derramando por la parte superior una gran cantidad de agua en el campo que se quiere regar.

NECROLOGÍA.

Distrito occidental del Cabo de Buena-Esperanza (*Africa austral*).—Hace un año que la muerte arrebató á la Mision del Cabo de Buena-Esperanza al más antiguo de sus sacerdotes en la persona del vicario general, Rdo. Bernardo Mac-Mahon, doctor en teología,

muerto en Cap-town el 2 de febrero de 1882 despues de cuarenta años de trabajos apostólicos.

El Rdo. Mac-Mahon era originario de Irlanda. Terminados brillantes estudios que hizo en Francia, fué á unirse en África con el ilustrísimo Griffith, primer vicario apostólico del Cabo occidental, quien le nombró en breve vicario general. A pesar del trabajo que imponia una Mision que tiene 70,000 millas inglesas, el ilustrísimo Mac-Mahon supo encontrar tiempo para dedicarse

al estudio. Mas éste no le impedia consagrarse á los trabajos más rudos del ministerio: ayudó á la construccion de varias iglesias, dirigiendo los trabajos y aun poniendo manos á la obra. En la lista de los sacerdotes que el Ilmo. Griffith propuso á la Santa Sede pidiendo un coadjutor, designó en primer lugar al Rdo. Mac-Mahon; pero el humilde misionero declinó el honor del episcopado, y Su Santidad Pio IX le nombró prelado romano.

Hasta 1881 habia gozado de excelente salud; mas la enfermedad vino á aniquilarle, y soportó sus sufrimientos con una paciencia y resignacion verdaderamente admirables, feliz en esa desventurada África que tanto amó y de la que sólo se separó una vez para acompañar algunas Religiosas al vicariato. El Rdo. Mac-Mahon contaba la edad de setenta años.



Ilmo. BERNARDO MAC-MAHON, vicario general del Cabo occidental.